La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 10 de agosto de 1891 — Núm. 502

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



OTRO BESO, cuadro de Italo Nunes-Vais

SUMARIO

BOCETOS MARÍTIMOS

LAS DEFENSAS DE UN BUQUE DE GUERRA

Bien dice Enrique Heine en uno de sus pensamientos póstumos, publicados recientemente en París: «El hombre que toma esposa, imita al dux que se casaba con el Adriático; no sabe con quién se une: ¡perlas, tesoros, monstruos, lo desconocido!...»

Y dice bien, porque eso está perfectamente expresado, dentro de la gramática, y hasta si se quiere dentro de la bella literatura: constituye su frase un bonito pensamiento, por lo cual me lo apropio; pero dentro de la exactitud matemática, aun sin apelar á cortapisas que la galantería impone en la emisión de las ideas, ahí sí que no está, porque vamos á ver: ¿dónde están en la mujer los monstruos y las tempestades y lo desconocido, ni qué me importa á mí desconocerlo, si de antemano sé que cada novedad que descubra y comprenda en ella va á ser otro atributo de ángel que iré agregando, encantado y satisfecho, á su conjunto angelical? ¡Monstruos en la mujer y tempestades! ¡Qué desacato! Ya sabemos que «el mayor monstruo los celos,» como dijo el clásico, y que la mujer puede ser celosa; pero lo es con tanta suavidad, con tanto mimo, que los celos en ella constituyen un atractivo más, excepción hecha del vitriolo y de algún otro inofensivo aditamento que emplea en ciertos contados casos. Pues ¿y las tempestades? Llamar tempestades á esos levísimos raptos de entusiasmo que tanto favorecen á la mujer, que son como el taponazo en el *champagne*, un ruido armonioso, precursor del néctar embalsamado y chispeante entre vivaces espumas; llamar tempestad á esa monería, únicas rebeliones de que es capaz la mujer, es llegar al colmo de la exageración y al *acabóse* del atrevimiento, con perdón sea dicho del gran Heine y de sus herederos.

Perlas y tesoros, sí; en eso sí que puede compararse á la mujer con el mar, porque si éste oculta en su seno ignoto la perla de maravilloso oriente y los tesoros que algún naufragio acostó en hondo lecho de arenas, la mujer tiene perlas por dientes, y rubíes en los labios, partidos, naturalmente, en dos; y esmeraldas en los ojos verdes, ó zafiros en los azules, ó carbunclos en los negros «de las huríes del Profeta,» que también, á lo mejor, los tienen verdes, según Becquer; y de tesoros escondidos, ¡oh! de eso no hablemos; baste saber que en ella todos los infinitos naufragios de la vida dan lugar á tesoros: las ofensas recibidas, al perdón bendito; la desgracia ajena, á la misericordia; el engaño sufrido, á la abnegación que olvida, y así sucesivamente hasta el sacrificio y el martirio.

Cierto es que estas piedras preciosas y estos tesoros femeninos no tienen valor efectivo en plaza, aunque muchas los hagan valer en plazas y calles; pero pedir que la humanidad sea perfecta en algo, es como pedir cotufas en el golfo. ¡Ah! Si tales riquezas se cotizaran en Bolsa... podíamos despedirnos de la paz del hogar.

Todo lo dicho cabe muy bien en este artículo, pues ello, al fin y al cabo, es una *defensa*, y aunque no pertenezca precisamente á los buques de guerra, en el ataque ó símil marítimo origen de todo figura el Adriático, y un hombre de mar, como lo soy yo oficialmente, debe intervenir en el asunto, aunque no sea más que para burlarse, como lo verifico yo disimuladamente, de este género de defensas de abogado á tanto por hora ó á cuanto por pliego. Eso sin contar con «la proverbial galantería de nuestros marinos.»

En el mar, donde todo es serio y grave, como que va en ello con una facilidad aterradora esa pequeñez que vulgarmente se llama *el pellejo*, ha de serlo también todo lo referente á defensas, ya que los enemigos con quienes se va á luchar son tantos, tan poderosos y tan constantes; aun estando el buque en puerto y «fondeado en cuatro,» es decir, sujeto por cuatro anclas que hacen de un barco una especie de pirámide de Egipto por lo fijo y lo seguro, aun así, hay agentes flotantes, ó disueltos en el agua, que atacan y destruyen los fondos del bajel hasta ponerlo en un estado lamentable y próximo á la invalidez si no se vigila mucho; cuando el buque navega, sus propios indispensables movimientos son otros tantos ataques á la integridad de su fábrica, que algo se quebranta y sufre con los vaivenes; cuando lo hace en tiempo de guerra «ni que decir tiene» – como suelen ponderar los madrileños finos, – entonces todo se junta: desde las consecuencias perjudiciales del esfuerzo propio, hasta las que con el suyo cause el enemigo, pasando por las *caricias* que el mar reserva á los navegantes.

Si yo no fuera tan insignificante y no estuviera además convencido de que lo soy, que es lo que me detiene y salva á ustedes, ahora mismo *iba* y trazaba un cuadro sinóptico policrómico, así, de muchos colores, expresando los enemigos intrínsecos y extrínsecos de un buque por una parte, y por otra los medios que en el buque existen para vencerlos ó neutralizarlos. La boca se me hace agua pensando en el cuadrito con sus colores variados, sus diferentes líneas que se procura combinar de modo que den un bonito dibujo, sus números árabes y romanos; en fin, con todo el aparato que requiere el argumento de un cuadro de esos que tan de moda están, y que así figuran en las obras de estadística, donde los encuentro muy en su lugar si están bien hechos y demuestran algo, como en las de cocina y en otras, donde encajan como la estopa en las costuras: á martillazos. Nada, que por hoy renuncio al cuadro sinóptico, gráfico y policrómico.

Pero el caso es que son tantos los enemigos de que ha de defenderse un buque de guerra, que para dar una idea de ellos precisa clasificarlos de alguna manera, y á eso vamos sin meternos en honduras ni en cuadros de once varas. Tiene enemigos en sí mismo; en su máquina poderosa, que es preciso forzar á menudo y que hace saltar al barco como un triquitraque; en su cargamento, compuesto casi todo de explosivos tremendos, cada día más peligrosos y estupendos; los tiene en su habitual medio ambiente, en ese mar que en las novelas, y ahí me las den todas, se encrespa (!) y ruge (?), pero que en la realidad, siempre más respetable, lo mismo devora un acorazado de primera clase con sus 800 hombres de tripulación, como le acaeció al *Captain* hace unos años en Finisterre, que se engulle un crucero con sus 150 hombres, como le pasó hace poco al *Serpent* en Camariñas; y á estas aventuras, ó desventuras, mejor dicho, está más expuesto el buque de guerra, que investiga y descubre, que el mercante, que va á cosa hecha con derrotero conocido; y los tiene, por último, en la costa y en el buque del adversario beligerante.

Pues contra esas tres clases de enemigos tiene defensas el buque de guerra, y en el orden en que los hemos citado á ellos, dividiéndolas también convencionalmente y para mayor claridad, por más que cuando llega el caso todas se unen y combinan, vamos á estudiarlas, si estudiar puede llamarse á lo que hacemos en estos bocetillos ¡ay! de tres al cuarto.

Hay quien cree, y apoya en muy buenas razones su creencia, que la velocidad en la marcha constituye un arma poderosa en el moderno buque de combate, pues ella le permite alcanzar al enemigo débil y librarse del fuerte por la huída, constituyendo en ambos casos un importante factor de éxito; y de ahí nace la idea de encerrar en el barco una potentísima máquina, con tiro forzado y cuantos auxiliares pueden aumentar su eficacia en determinados casos; esto naturalmente aumenta también los peligros; pero contra ellos hay: un personal de primera, pues pocos cuerpos existen en nuestro país tan competentes y útiles como el de maquinistas de la Armada, y un material con todas las garantías de procedencia y pruebas que pudiera desear el crítico más exigente. Que á pesar de eso hay que lamentar averías y desgracias, quiere decir que sin eso las averías y desgracias ocurrirían en mayor número. Respecto á las precauciones que se toman á bordo para con los explosivos y otras substancias de difícil manejo, sólo enumerarlas daría materia para un artículo, y mientras me decido á escribirlo adelantaré la tranquilizadora y para mí gratísima noticia de que rara vez esos enemigos causan víctimas entre los esforzados hijastros de Neptuno.

Los enemigos que el mar arma contra un buque son de dos categorías: los procedentes del mar en calma, infusorios, reacciones químicas y destructoras de sus elementos con los del buque, etc., y los procedentes del mar en activo, digámoslo así, que varían desde el suave bandazo hasta la voltereta inclusive, pasando por la marejada, la marejadilla (que hace «echar la papilla»), la mar tendida, la de fondo y otras mares más ó menos saladas. Contra todo esto también hay defensa: para la primera categoría mucha imprimación, mucha pintura y entrar en dique á menudo con el objeto de recorrer los fondos; para la segunda una construcción bien calculada y cumplida, una buena distribución de los pesos para que el casco goce de un perfecto equilibrio y se mantenga nivelado, alguna que otra quilla suplementaria ó de balance para aguantar éste y navegar, siempre que se pueda, con sujeción á las reglas que hay dictadas para evitar los efectos de todos esos jugueteos del mar que casi siempre suelen acabar en que se «sube el vino,» ó lo que es lo mismo, en que el barco y sus tripulantes lo pagan.

Pero donde el buque de guerra extrema sus defensas es en el capítulo tercero, en las dedicadas á los enemigos de la costa y buque del adversario beligerante. En eso sí que se echa el resto. Sobre los compartimientos celulares, estancos, numerosos é independientes, la cubierta blindada en forma de caparazón de tortuga, que descompone y mata los choques de los proyectiles; la coraza de acero níquel, el más resistente que se conoce hoy, sobre almohadillados de celulosa, caucho y otras materias esponjosas que al mojarse se hinchan y obturan herméticamente el agujero hecho; sobre esto la red de mallas de acero, que enreda y detiene los torpedos; haciéndolos estallar á dos metros del costado; sobre todo esto los proyectores fotoeléctricos, que descubren y desarman al agresor cuando está distante aún; y sobre todo y por encima de todo la pericia de un buen comandante, que es el alma de un buque y que hace más con su valor y su serenidad, ayudados por la disciplina de la gente y el buen estado del material, que cuantos mecanismos puedan inventar la prudencia humana y el espíritu de la propia conservación llevado hasta el delirio.

Lo que es por haber, como se ve, hay defensa contra todo; la hay hasta contra el mareo, que es uno de los mayores enemigos de la navegación; para evitarlo unos toman potingues, otros hacen acopio de paciencia hasta que se van *jasiendo*, otros se van al Retiro y algunos lo solicitan y lo obtienen, aunque con *r* minúscula; pero si vale decir la verdad, y sin perder de vista el lado práctico de las cosas, sin olvidar que el mimísimo Don Quijote, el español más célebre que ha nacido, llevaba junto á sí á Sancho Panza que de buenas le libró; á decir verdad, yo creo que la mejor defensa que el buque de guerra ofrece al hombre está en que éste aproveche el derecho que asiste á todos de... quedarse en tierra.

Esa es la única defensa positiva; todas las demás pueden marrar y marran cuando menos lo espera uno.

FEDERICO MONTALDO

LA CADENA INVISIBLE

NOVELA ORIGINAL

(Conclusión)

Gaultier había presentado al conde á su amada bajo un nombre de amistad, sin revelar su nombre verdadero, como se acostumbra en tales casos, especialmente cuando aquel á quien se presenta es casado y lleva un noble apellido. Esforzóse el conde de Etruria por disimular la impresión que la joven le causaba, y viendo á Gaultier dar á *Resignación* un beso ardiente, apresuróse á salir de allí despidiéndose en breves palabras afectuosas que ocultaban una emoción profunda.

En la noche de aquel mismo día circuló por París el rumor de que Gaultier acababa de ser preso. El banquero *Llave de Oro*, de quien hemos hablado ya, había sido asesinado en circunstancias inexplicables, y una mano desconocida escribió al jefe de la policía parisiense denunciando á Gaultier como presunto autor del crimen.

– ¡Ya cayó el gascón de las buenas conquistas!, exclamaron por todas partes, en los teatros, en los círculos y en los cafés á la moda los enemigos y los rivales del audaz aventurero.

¿Qué relaciones mediaban entre *Llave de Oro* y Gaultier? Se sabía que el gascón había pedido varias veces dinero prestado á *Llave de Oro* y que éste se negó siempre á darle cantidad alguna. Gaultier detestaba al banquero y solía llamarlo *el Judío*. En



Dibujo de Guillermo Kuhnert

efecto, *Llave de Oro* pertenecía á la religión israelita. Sabíase también que la pasión dominante del banquero era la de las mujeres. Al salir Gaultier del *Pavillon Royal* con *Resignación* cruzáronse en la puerta misma con el banquero que entraba. Se le había visto á *Llave de Oro* hablar breves instantes con Gaultier mientras la joven subía al coche que los aguardaba á la puerta. Según testigos oculares, del gesto de *Llave de Oro* al hablar á Gaultier parecía desprenderse que el banquero le felicitaba al gascón por su buena fortuna.

Llave de Oro había sido extrangulado en una casita de campo que poseía en Saint-Cloud. Su desaparición causaba grande inquietud en las oficinas y en su domicilio, y por fin fué hallado muerto en la casita de campo sin que se pudiera precisar exactamente el momento del crimen. Mas todo hacía creer que el asesinato fué cometido la misma noche del



Dibujo de Guillermo Kuhnert

día en que *Resignación* fué vista con Gaultier en el *Pavillon Royal*. El móvil de aquel crimen había sido evidentemente el robo. Los empleados del banquero israelita declararon que éste, contra su costumbre, al volver del Bosque de Bolonia el último día que se le vió, fué á la caja, tomó de ella cuarenta mil francos en billetes y los puso en su cartera. La cartera de *Llave de Oro* fué hallada completamente vacía en la casita de Saint-Cloud. Los médicos que reconocieron el cadáver certificaron que el crimen había sido cometido por un hombre de fuerte musculatura, sin instrumento alguno ni otro auxilio que el de sus propias manos.

Figuraos la brusca sorpresa del conde de Etruria cuando á eso de las nueve de la noche llegó á sus oídos la noticia de la prisión de Gaultier, á quien había dejado en brazos de *Resignación* Circulaban rumores de que la policía buscaba con empeño á la joven misteriosa cuya posesión tantos á Gaultier le envidiaban. Añadíase que los agentes de la seguri-



Dibujo de Guillermo Kuhnert

dad pública estaban ya sobre la pista del nido de amor donde el gascón tenía oculta á la joven y que ésta iba á caer en manos de la policía de un momento á otro.

El conde fué inmediatamente asaltado por la idea de poner en salvo á *Resignación*, si de ello era tiempo aún. Nadie más que él conocía el sitio donde la joven se hallaba. Para poner en práctica su plan debía obrar rápidamente; la policía tiene medios muy eficaces para descubrir en pocas horas el paradero de una mujer hermosa que se oculta. No quedaba un instante que perder; el conde lo comprendió así, y pensando más en *Resignación* que en Gaultier resolvió ir aquella misma noche al misterioso hotel inmediato al Bosque de Bolonia, prevenir á *Resignación* de lo que pasaba y sacarla de allí si era posible, pues los agentes de la seguridad no habrían dejado de enterarse de la presencia de Gaultier por aquellos sitios.

Tomando grandes precauciones para no ser segui-



Dibujo de Guillermo Kuhnert

do, el conde de Etruria, después de algunos rodeos por los barrios próximos al arco de la Estrella y al Bosque de Bolonia, se decidió á llegar hasta las cercanías del hotel de *Resignación*. Nada observó allí de anormal, ni había vigilancia de ninguna especie en la calle que daba entrada al hotel, ni nadie iba siguiéndole.

Al cabo se aventuró á llamar. La puerta del hotel se abrió y la misma *Resignación* corrió á abrir la verja. La prontitud con que salió la joven apenas el conde hubo llamado, revelaba bien la impaciencia con que *Resignación* aguardaba á Gaultier.

Esta se quedó vivamente sorprendida cuando vió ante sus ojos al conde. Al abrir la verja del jardín y buscando en vano con la mirada á su amante, exclamó llena de extrañeza:

– ¿Y vuestro amigo? ¿No viene? ¿Qué es lo que ocurre?

La joven tuvo el presentimiento de que algo extraordinario sucedía.

Al penetrar el conde de Etruria en el saloncito donde dejó á Gaultier entregado á su envidiable felicidad y al encontrarse con *Resignación* á solas, la nobleza de su carácter reprimió en él toda tentación de infidelidad á su amigo: el conde era demasiado orgulloso para intentar aprovecharse de la situación en que Gaultier se hallaba. Además, la impresión que la encantadora beldad le producía, con ser tan viva y tan honda, no era una de esas emociones que se traducen por el deseo, sino más bien la que causa un hechizo prestigioso que absorbe dulcemente el espíritu, algo superior á la idea de la posesión, que por su misma pureza seduce y embriaga.

La situación del conde era muy difícil, pues comprendía que la joven estaba en la más absoluta ignorancia de lo que ocurría. ¿Cómo dar á *Resignación* una noticia semejante? ¿Cómo decirle que aquel á quien amaba había sido preso, acusado de un asesinato y de un robo? Mas no había otro remedio; á eso precisamente había ido al ignorado hotel. ¿Cuál iba á ser la situación de aquella pobre muchacha, al verse en el mundo sola y perseguida cuando acababa de romper su cadena? No era, pues, únicamente la situación de Gaultier lo que tenía el conde que explicar á *Resignación*, sino la situación crítica que á esta misma se le había creado, acusada de tan monstruosa complicidad.

Por fin, después de algunos instantes de vacilación y de angustia, el conde enteró á la joven de lo que pasaba. La impresión que en ella produjo la noticia convencióle al conde de Etruria de que *Resignación* amaba á Gaultier; Gaultier había roto una cadena invisible que la aprisionaba; Gaultier era el primero que la había hecho sentir las sensaciones del amor. La joven mostrábase aún más bella en su desesperación, y la franca ingenuidad con que en su amargura expresaba aquel amor ardiente, aumentó el prestigio misterioso en que *Resignación* aparecía envuelta á los ojos del conde.

De buena gana le hubiera éste preguntado qué cadena era la que Gaultier había roto y cuál era el secreto que la rodeaba antes de que el gascón la hiciese suya. Mas el respeto que ella le inspiraba en su desdicha impidióle formular una pregunta tan indiscreta.

Si las explicaciones que el conde acababa de dar á *Resignación* eran ya por sí mismas en extremo embarazosas, más embarazosa aún era la situación en que se veía el conde; ante todo era preciso evitar que *Resignación* cayese en manos de la justicia. Hay quien de entre las manos de la justicia sale libre, pero no hay quien no salga manchado.

Pasada la primera impresión y en cuanto la emoción de la sorpresa quedó vencida, hubo que discurrir sobre el partido que *Resignación* debía tomar. La primera idea de la joven había sido la de presentarse al juez y probar la inocencia de Gaultier, pues éste para *Resignación* era de todo punto inocente; no consideraba posible que el hombre á quien amaba fuese capaz de un asesinato y de un robo. El conde, aunque nada comunicó á la joven de ciertas sospechas que le asaltaron, no estaba tan seguro de la inocencia de Gaultier; hizo pasar ante los ojos de *Resignación* todo el tormento de la instrucción judicial, de los interrogatorios y de los careos; le pintó los horrores de la prisión preventiva y el continuo asalto de que su hermosura sería objeto durante el curso del proceso por cuantos á ella tuvieran que aproximarse; trazó ante ella con vivos colores el cuadro de la audiencia pública; y recordó una multitud de errores judiciales descubiertos cuando ya no quedaba reparación alguna posible en favor de los inocentes; y antes de que el conde de Etruria acabara de desarrollar su tema, *Resignación*, convulsa, con las manos crispadas y destrenzado el cabello, clavados los ojos en un punto fijo, como si percibiera una visión terrible, exclamó, dando un grito, en la más sublime actitud trágica:

– ¡Ah! ¡No! ¿Yo entregarme á la justicia? ¡Jamás!

. . . .

Poco tiempo después de estos sucesos, en las primeras horas de una madrugada lluviosa y desapacible, iba á funcionar en París la guillotina. Todo ese público de hombres estragados á quienes gusta lo repugnante y de viles rameras que suele acudir á las ejecuciones, agolpábase en las cercanías de la plaza fatídica donde el verdugo debía cumplir su misión.

El reo á quien se iba á ejecutar era Gaultier. El crimen de que se le acusaba había sido plenamente probado. Los cuarenta mil francos que el gascón decía haber ganado al juego eran los mismos cuarenta mil francos que *Llave de Oro* tomó de su caja pocas horas antes de salir para Saint-Cloud. El banquero que esperaba allí la dicha, halló la muerte; fué á caer en el lazo que Gaultier le había tendido. Creyó de buena fe que el audaz aventurero no era capaz de ilusionarse más que por un puñado de oro, y pagó con la vida su funesto error.

Como de costumbre, en las noches en que la guillotina funciona, todas las tabernas próximas al lugar siniestro estaban ocupadas desde antes de media noche por un gentío ruidoso y procaz que entonaba las más insolentes y groseras canciones con voz enronquecida por el vino. En el entresuelo de una de aquellas tabernas, de cuyo balcón se veía la plaza, y en un cuarto reservado que el conde de Etruria pudo conseguir mediante un precio elevadísimo, hallábase el conde y *Resignación* esperando con ansiedad el fatal instante.

Resignación estaba enlutada. Notábase en su rostro una palidez marmórea. Quería ver á su amante por última vez, aunque fuese de lejos.

Había logrado el conde evitar que la joven cayese en poder de la justicia, escondiéndola en un sitio donde la policía, á pesar de su empeño de apoderarse de una mujer tan hermosa, no consiguió dar con ella. Los agentes de la seguridad sospechando que el conde la ocultaba habíanle seguido durante el proceso; mas resuelto aquél á salvarla á todo trance, se limitó á ir á verla á su escondite dos ó tres veces apenas, adoptando para ello las más exageradas precauciones. Su respeto hacia *Resignación* aumentaba cada vez que de nuevo la veía. La gravedad de la situación y su natural altivez formaban barrerra insuperable que le hubiese detenido ante toda idea liviana. Abusar de las circunstancias que rodeaban á la joven hubiera sido un acto de villana cobardía.

Resignación, conmovida por un profundo sentimiento de gratitud, había dicho una vez al conde:

– ¿Cómo podré pagar á mi generoso protector tantas bondades?

El conde de Etruria pidió á la joven como única recompensa de su protección y de sus desvelos que le confiase el secreto de aquella cadena invisible que Gaultier había cortado. *Resignación* tuvo un momento de duda; mas al cabo, estrechando fuertemente la mano del conde, prometióle revelarle el secreto.

No accedió fácilmente el conde de Etruria al vivo deseo que la joven sentía de ir á ver á Gaultier en el decisivo trance. Aquello le parecía horrible; habíase esforzado por disuadirla de semejante propósito. Mas cedió, oyendo á *Resignación* invocar el primer latido de amor que había sentido en su existencia.

Mientras aguardaban que el momento cruel llegase, la joven, casi enloquecida por el dolor, empezó á contar al conde el secreto cuya revelación le había prometido.

– Oídme, le dijo, lo que ni al mismo Gaultier le he contado en los breves días de nuestra felicidad. El secreto de mi vida es un secreto aterrador. Me había jurado á mí misma no revelárselo á nadie; sólo á vos os lo confío. Sacrifiqué mi existencia y hasta mi propio honor al honor de mi familia; refrené los impulsos de mi corazón, renuncié á las alegrías de la juventud por salvar del oprobio un nombre ilustre, un nombre que fué la gloria de un pueblo. ¡Yo soy descendiente de reyes!...

Al escuchar estas palabras el conde se estremeció y brilló en sus ojos un fulgor extraño.

– Sí, soy descendiente de reyes, continuó *Resignación*, casi ahogándose en sollozos. Un día, cuando yo era muy pequeña, un hombre vino á buscarme á la humilde pensión donde yo me educaba. Me anunció que mi padre, que era un rey proscrito, acababa de emprender un largo viaje sin poder despedirse de mí; pero me traía él su despedida y me dijo que él de mí quedaba encargado mientras la ausencia de mi padre durase. La despedida venía escrita con mano temblorosa... Más tarde me hizo saber que mi padre había perecido en un naufragio...

Al llegar á este punto parecíale al conde de Etruria que soñaba; su frente ardía.

– Por fin, algún tiempo después supe toda la espantosa verdad; aquel hombre me reveló que mi padre había sido ejecutado como autor de un crimen en el cual no había tenido parte alguna, pero cuyas circunstancias lo condenaban. Obligado á vivir en la mayor pobreza, ocultábase bajo un nombre supuesto para sustraerse á la vergüenza y al ridículo en que lo colocaba su falta de recursos. Se obstinó durante el proceso en no declarar su verdadero nombre; como ciertas coincidencias lo perdían, previendo que una pena infamante iba á caer sobre él, prefirió dejar su nombre en el misterio á cubrirlo de ignominia para siempre!... Mas antes de morir le dijo al verdugo, la única persona á quien se confió: «Soy el destronado rey de Etruria. Tengo dos hijos, un niño y una niña. Te entrego las señas de las pensiones donde se educan. Ahí va por escrito mi despedida para que la hagas llegar á mis hijos. Anúnciales al enviársela que he muerto en un naufragio.»

El conde, perdida la razón, estrechando á *Resignación* entre sus brazos, sin fuerzas casi para seguir oyéndola y luchando horriblemente entre el impulso natural que le inclinaba á gritar «¡Estela, hermana mía!» y su ansiedad por medir aquel profundo y negro abismo entre cuyas sombras su pobre hermana había rodado y se había hundido el honor de toda su familia, aún sacó fuerzas de su desesperación para sobreponerse al dolor enorme que en él produjo aquel golpe tremendo, y cubriéndose el rostro, excitó á Estela á que siguiera hablando.

– ¿De modo que aquel hombre que fué á buscaros á vuestra pensión era el verdugo?, preguntó el conde con honda inquietud.

– No, exclamó ella, no era el verdugo. Yo me hubiera dado cien veces la muerte antes que entregarme al hombre que arrancó á mi padre la vida. El verdugo confió el encargo que de mi padre había recibido á un hombre rico y sin familia que vivía aislado y cuya fortuna le permitía ponerme al abrigo de las necesidades de la existencia. Yo al principio no me mostré ingrata á la viva solicitud de que fuí objeto por parte de aquel protector generoso... Pero un día, ¡ah! un día abusó cobardemente de mí, y cuando iba á abandonarlo para ir á ocultar lejos de él mi vergüenza, me amenazó con hacer pública la ejecución de mi padre, ¡y la idea de que el nombre glorioso de los reyes de Etruria fuese á caer para siempre en la más atroz deshonra me volvió loca, me hizo sucumbir bajo las caricias malditas de aquel infame!... Mi desfallecimiento en aquella lucha desigual fué tan completo que acabé por aceptar el sacrificio resignada... Esforzábase aquel hombre inútilmente por distraerme, por hacerme olvidar la repugnancia que su acto innoble me había inspirado; cubríame de lujosos vestidos y de ricas joyas, puso á mi disposición un magnífico carruaje para que fuese á respirar el aire del Bosque; pero me hacía vivir en el aislamiento, tenía miedo de que fuese á romper la misteriosa cadena con que á él me sujetaba, y una que otra vez, cuando le atormentaban los celos, recordábame el fin ignominioso y secreto de los reyes de Etruria... Una tarde de abril el amor murmuró á mi oído algunas frases seductoras, despertóse mi corazón á un sentimiento nuevo é indefinible que me embriagaba; amé á Gaultier, á vuestro amigo; en busca de la felicidad que él me prometía rompí mi cadena, y temo que el hombre que me tuvo cautiva cumpla su amenaza y deshonre públicamente por causa mía la dinastía de los reyes de Etruria.

Cuando el conde, sin fuerzas, sin voz, sin aliento, iba á desplomarse bajo el peso invencible de aquellas revelaciones abrumadoras resonó en la calle un vocerío infernal; oíanse gritos descompasados de hombres y de mujeres y agudos silbidos; las gentes corrían atropellándose en revuelta confusión; un ruido lejano que avanzaba, haciéndose más perceptible á cada segundo, mezclábase con el vocerío que aturdía la calle.

El conde y Estela pusiéronse de pie, saliendo de su postración. La joven se acercó á los cristales, miró hacia afuera y puso el oído atento. Vió á las gentes correr y oyó gritar: «¡La guillotina! ¡La guillotina!»

– ¡Ah! ¡Gaultier va á morir!, exclamó, manteniéndose en pie con dificultad.

Hubo un instante en que el ruido subió de punto; la máquina fatal iba á pasar por delante de la taberna. La joven abrió el balcón, fué á asomarse y el conde la retuvo. Pero ella, cual si una vigorosa corriente eléctrica la hubiera agitado, desprendióse de la mano del conde que la retenía, se acercó al balcón resueltamente, clavó sus ojos en el siniestro vehículo y gritó, cogiendo al conde de un brazo y haciéndole mirar fijamente los caballos que tiraban de la guillotina!

– ¡Oh! ¡Mirad! ¡Son mis caballos blancos!

UNA EJECUCIÓN DE PIRATAS EN CHINA. (De una fotografía.)

UNA EJECUCIÓN DE PIRATAS EN CHINA. — DESPUÉS DEL SUPLICIO. (De una fotografía.)

El conde reconoció los caballos que en el Bosque de Bolonia tiraban del coche de *Resignación*. ¡Eran los caballos de la guillotina!

–¡Oh! ¡Mirad aún!, añadió la desdichada, señalando al verdugo. ¡Ese, ese mismo es el hombre que se apoderó de mí y que ultrajó mi honor!

El conde vió á Samsón, el verdugo famoso por sus aventuras galantes, el mismo que había ejecutado al último rey de Etruria.

La guillotina pasó; el gentío se fué tras ella, riendo y cantando; el conde, horrorizado, arrancó del balcón á su hermana; figurábasele que todos los que iban por la calles miraban hacia allí y la reconocían. La llevó al extremo opuesto del cuarto y mirándola inmóvil, como si empezara á tener dudas de si aquello que veía era una realidad ó un sueño, exclamó, dominando la emoción que le embargaba:

–¡Estela!

Al oir este nombre, la joven miró al conde con una expresión de incredulidad mezclada de angustia suprema. Diríase que había quedado petrificada.

El abrió sus brazos, ella abrió también los suyos y cuando los dos hermanos iban ya á confundirse en un abrazo estrechísimo, Estela retrocedió, se cubrió con una mano el rostro, empujó con la otra rápidamente la puerta y desapareció de allí. En vano el conde corrió á detenerla; su desaparición fué instantánea.

En la tarde del siguiente día fueron llevados al domicilio del conde de Etruria algunos objetos procedentes del país donde sus padres habían reinado, varios recuerdos de familia y un cuadro de grandes dimensiones que ni siquiera quiso descubrir. Hasta tal extremo le dominaban las emociones que algunas horas antes había sufrido. Mas leyendo maquinalmente la carta del viejo y fiel servidor que desde el país de Etruria le enviaba aquellos recuerdos antes que se perdieran entre las ruinas del castillo señorial de sus antepasados, que estaba ya derrumbándose, halló el conde esta frase que le hizo salir de su abatimiento prestando á su rostro animación extraordinaria: «El cuadro que recibirá Su Alteza con los objetos que en el castillo señorial se conservaban llegó aquí hace muy pocos meses con esta inscripción: *Cautividad de una princesa de Etruria*. Aún no he logrado saber quién ha hecho ese don al castillo.»

El conde descubrió el cuadro precipitadamente; era la inspirada obra de arte que representaba á *Resignación* sujeta por la cadena oculta.

A los pocos días; el verdugo de París, Samsón, fué destituído. Explicóse su destitución de mil maneras: decían unos que había sido motivada por su vida licenciosa; en efecto, Samsón, que recibió de sus padres una cuantiosa herencia, hacía una vida de lujo y de placeres. Otros dijeron que Luis Felipe no quería tener por servidor al descendiente del que ejecutó á uno de sus antecesores. Los mejor informados aseguraban que la destitución de Samsón había sido resuelta después de leída por el rey una relación de la policía secreta de París, donde constaba que el verdugo había abusado de un secreto recogido al pie de la guillotina, merced al cual sedujo á una princesa extranjera.

Aunque al ser relevado en sus funciones había ya perdido casi toda su fortuna, conservó por algunos años los caballos blancos de la guillotina, que eran de su propiedad. Los habituales concurrentes del Bosque de Bolonia veían muchas tardes llegar el coche y los mismos caballos que antes conducían á la joven misteriosa; pero en lugar de aquella fascinadora hermosura iba Samsón, proclamando cínicamente su triunfo ante aquellos innumerables adoradores que á *Resignación* siguieron y que se hubieran sentido felices sólo con una de sus miradas.

ERNESTO GARCIA LADEVESE

LA AUTOPSIA

I

¡Vaya si era bonita Magdalena!, la hija del señor Policarpo, el carpintero de la Cava Baja. Tenía una mata de pelo que Dios se la había bendito, y como era hija de sevillana, se ponía en la cabeza una azucena (cuando las había) que no había más que ver con el contraste de lo blanco sobre lo negro. Pues ¿y los ojos? ¡Oh! Los ojos eran madrileños: intencionados y antojadizos; lo cual hacía que algunos creyeran que era fácil posesionarse de aquellos luceros. Pero ¡ca!, á buena parte iban; á poco que la incomodasen ella los ponía en blanco y soltaba una *mascá* al lucero del alba. Desde San Francisco el Grande hasta la plaza Mayor tenía Magdalena fama de arisca, y como muchos la hacían cucamonas y ella ni los miraba siquiera, sus amigas y vecinas de la calle apodábanla *la Cibeles*, suponiéndola tan dura de corazón como es dura la diosa que campea en la fuente del Prado.

Pero al que más mella le hacía esta adustez de la muchacha era á Manuel, el estudiante de medicina y practicante del hospital general, pues si algún otro podía estar encaprichado por Magdalena, el pobre Manuel sentía por ella una verdadera pasión. Y lo que más desesperaba á todos es que la hermosa carpinterita sólo era despegada para sus galanes, pues por lo demás y para los demás tenía un trato tan afable y un carácter tan alegre que cautivaba.

Manuel estaba *derretido*, como vulgarmente se dice, y se pasaba todo el tiempo que sus estudios y ocupaciones le permitían rondando por los alrededores de la Cava Baja y acechando la tienda en donde habitaba su adorado tormento.

Cuando Magdalena le veía, que era casi siempre que salía ó que se asomaba á su puerta, parecía no fijarse en él, aunque no sé si le miraría con el rabillo del ojo, que es como suelen mirar las mujeres; y esta indiferencia hacía que él estuviera tímido y cortado. No se atrevía á hablar á su ídolo. Sólo en una ocasión, con motivo de la Minerva de San Andrés, entre la multitud de gente, hallándose cerca de la muchacha atrevióse á decirla esta frase, banal como las de todos los grandes enamorados, á quienes la emoción priva de la elocuencia:

–Magdalena, ¡por Dios!

Ella le miró un momento, no contestó y no volvió á mirarle.

Y ciertamente Manuel no merecía este despego. Era un guapo muchacho, honrado, inteligente, estudioso, que tenía un buen porvenir cuando terminara su carrera con la brillantez que era de esperar, y con el apoyo de su padre, notario en Burgos, á quien se le suponían cuantiosos ahorros.

Las amigas y vecinas de Magdalena dábanla broma con el amartelado estudiante, eterno rondador de la Cava Baja, y su padre, el señor Policarpo, soltábala algunas cuchufletas; pero ella solía contestar:

–Déjenle ustedes que pierda su tiempo como los demás.

II

Magdalena era huérfana de madre y tenía un hermanito de cinco años de edad, de suerte que ella se ocupaba en todas las faenas de la casa, que desempeñaba á las mil maravillas. Un día, en plena primavera, amaneció con un tiempo nubloso y casi glacial, y su padre, al irse á misa, pues era día festivo, encargóle que *echase brasero*. Observen ustedes las añagazas de que se vale el enemigo malo para tejer malamente los destinos humanos: aquel día se valió de uno de esos extemporáneos fríos que suele hacer en Madrid. Estaba Magdalena encendiendo el brasero en el quicio de la puerta de la tienda, de cara á la calle, y su hermano Antoñito jugueteaba en aquélla y en la trastienda. El niño había cogido de no se sabe dónde una caja de fósforos, encendió uno sin ruido, y viendo un montoncito de virutas cerca de la salida de la tienda, al lado de su hermana, ocupada en su faena, parecióle conveniente y divertido prenderle fuego. Ardieron las virutas sin advertirlo la muchacha; ésta, que estaba inclinada aventando el brasero, incorporóse un instante para descansar; el movimiento hízola retroceder hasta llegar junto á la hoguerita encendida por su hermano, el fuego prendió en la falda, y casi instantáneamente Magdalena hallóse envuelta en llamas. Se aturdió, como en tales casos suele suceder, y salió á la calle corriendo y gritando. El primero que la vió fué el estudiante de medicina que, como siempre, andaba como alma en pena por aquellos alrededores, y abalanzándose á ella la estrechó entre sus brazos, no por abrazarla, sino para apagar el fuego. Afortunadamente, como la mañana estaba fría, Manuel llevaba un sobretodo de entretiempo, y envolviéndola en él consiguió extinguir la llama.

En este momento volvía de misa el señor Policarpo, que acudió en auxilio de su hija, desmayada de susto, y después que ésta volvió en sí, notó el maestro carpintero que Manuel tenía quemada la mano izquierda. Sobresaltóse y le acompañó á una botica próxima, donde le pusieron un calmante y un vendaje, y ambos se despidieron ofreciéndose mutuamente la casa.

Aunque Magdalena salió completamente ilesa de aquel incidente, durante todo el día se habló del suceso en toda la calle, alabando los vecinos, por unanimidad casi, el arrojo y oportunidad con que el joven estudiante acudió en socorro de la carpinterita, que era la niña mimada del barrio. Magdalena oía los comentarios y se ponía pálida ó colorada, según la daban bromas con el *osito*, que así apodaban á Manuel, ó conforme su padre la recordaba la lesión que el joven había sufrido en la mano. Durante todo el siguiente día nadie vió pasar por la calle al amartelado practicante, y eso que Magdalena se asomó á la puerta de la tienda con más frecuencia que de costumbre. Al otro día sucedió lo mismo, tanto, que el señor Policarpo preguntó á su hija cuando se sentaron á la mesa para comer:

–¿No has visto pasar á tu *osito*? El carpintero también le llamaba así.

–No, padre, contestó Magdalena, balbuciendo.

–Es extraño. ¿Estará indispuesto de resultas de la quemadura?

–Puede que sí.

–Debería ir á verle, que bien lo merece, pero se me han olvidado las señas que me dió. Sólo recuerdo que dijo calle de Santa Isabel.

–En el hospital ó en el colegio de San Carlos le darán á usted razón.

–¿Cómo se llama? ¿Lo sabes tú?

–No estoy segura, pero me parece que es Manuel Almazán.

III

En efecto, como al día siguiente tampoco el joven se dejara ver, el bueno del carpintero, previo informe en el hospital, se presentó en casa de aquél, á quien halló en cama, y á su lado un médico que le colocaba un apósito en la mano quemada. Las quemaduras habían producido llagas, y sabido es que éstas suelen tener peores resultados en la primavera. Manuel tenía fiebre bastante alta desde hacía dos días, y cuando el médico salió en compañía del señor Policarpo, expresó á éste sus temores de que el joven perdiera la mano. Con estas noticias llegó el carpintero á su casa, y padre é hija lamentaron de todo corazón aquella desgracia originada por causa suya. El carpintero fué la mayor parte de las noches á ver al enfermo, y Magdalena estuvo aquellos días inquieta y desasosegada, si no por amor, que no me atrevo á asegurarlo, por lo menos por lástima y agradecimiento. Una mañana recibió una carta por el correo interior: era de Manuel y decía poco más ó menos así:

«Mi... estimada Magdalena: sólo en un caso especial como en el que me hallo, me atrevería á escribir á usted sin su permiso. Mi médico cree necesario cortarme la mano para salvarme el brazo; y como sin esta contingencia no he tenido la suprema felicidad de llegar al corazón de usted, con mayor razón debo perder toda esperanza cuando me halle mutilado. Permítame usted, pues, esta expansión y tenga entendido que nadie la habrá querido ni la querrá como este disdichado que sólo halla lenitivo á su pena pensando que sufre por usted y que ha podido servirla en algo...»

Esta carta, sentida y sencilla al mismo tiempo, conmovió profundamente á Magdalena que, como buena hija de Madrid, tenía fino el corazón, y en lo tocante al señor Policarpo, á quien su hija enseñó la carta, sintió aumentarse su simpatía hacia el joven estudiante y aquella misma noche fué á verle, encontrándose con una fausta novedad. Era ésta que habiendo regresado de Andalucía el célebre operador Toca, del que era protegido Manuel, y sabiendo el estado en que se hallaba, le reconoció la mano, y después de llamar animales (según costumbre) á los dos cirujanos que le asistían, casi aseguró al enfermo que le sacaría adelante sin necesidad de operación alguna.

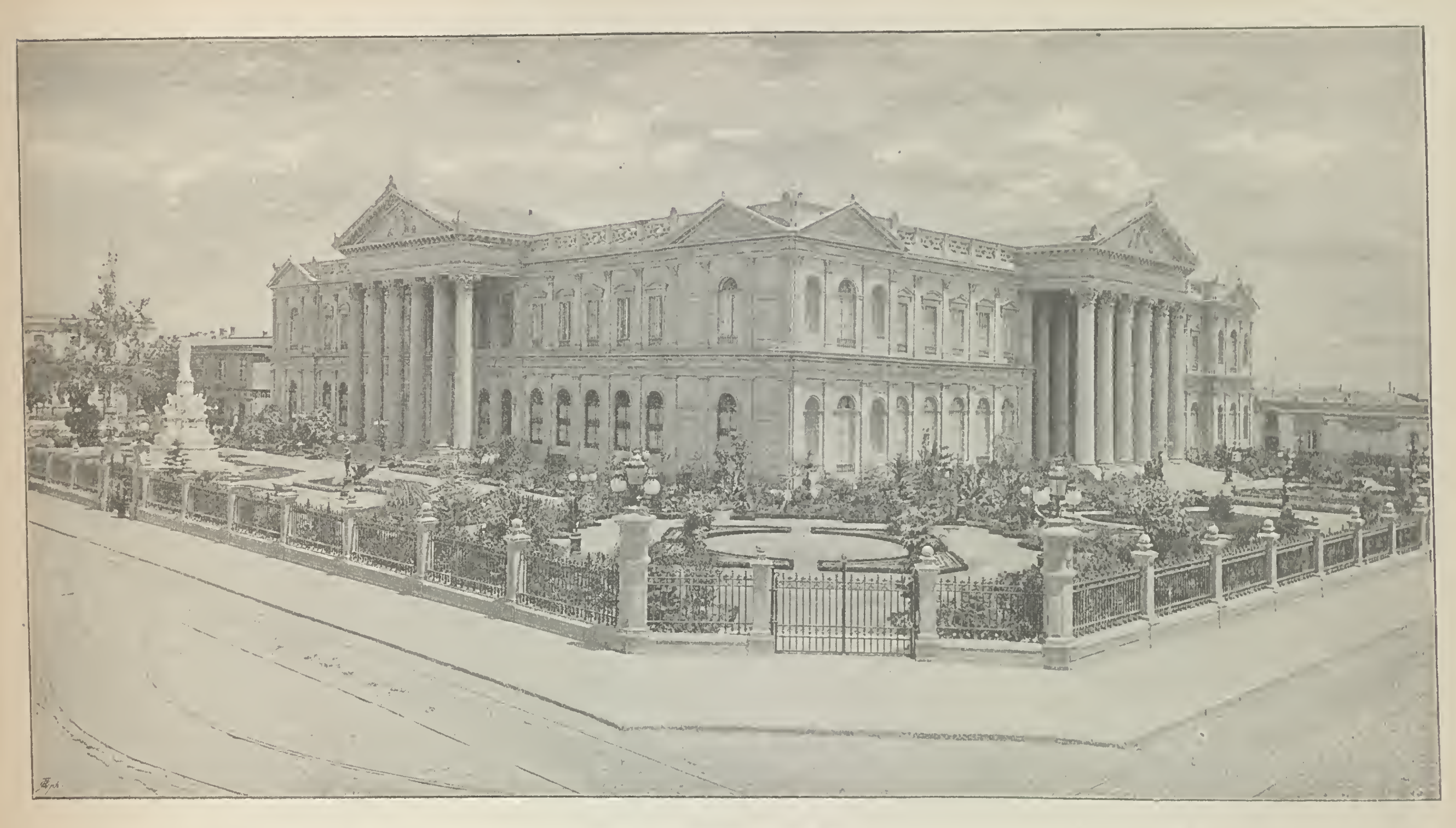
Y en efecto, cumplió su promesa. En quince ó veinte días el joven hallóse restablecido por completo, quedándole sólo en la mano la señal de las quemaduras. El primer día que pasó por la Cava Baja, Magdalena estaba por casualidad asomada á la puerta de la tienda, y tuvo que apoyarse en el quicio, porque se tambaleaba de emoción. Avisó á su padre, que estaba trabajando, y el buen hombre, atravesando la calle, salió al encuentro de Manuel, y dándole la enhorabuena, hízole entrar en la tienda. Los dos jóvenes, á quienes sin abusar podemos ya llamar amantes, balbucieron algunas palabras, y el señor Policarpo mandó á Magdalena sacar una botella de vinillo blanco de Rueda, que reservaba para los días que repican tieso; botella que desocuparon todos los presentes, que eran seis, contando al niño Antoñito y al oficial y aprendiz que trabajaban en la carpintería.

Los vecinos más próximos observaron todo esto, y cuando Magdalena pasó al anochecer, según costumbre, á la latonería de enfrente á ver á su amiguita Rosa, la dijo ésta:

–«Vaya, Magdalena, me parece que las cosas van por buen camino. Supongo que de hoy en adelante ya no te llamarán *la Cibeles*.»

F. MORENO GODINO

(Concluirá)



SANTIAGO DE CHILE. – PALACIO DEL CONGRESO. (De una fotografía remitida por D. José Mariscal, gerente de «La Joya Literaria.»)

SECCIÓN AMERICANA

SANTIAGO DE CHILE

Santiago de Chile, capital del departamento y provincia de su nombre y de la República chilena, es una de las ciudades más importantes de la América del Sur por la magnificencia de sus edificios públicos y particulares, por la belleza de sus paseos, por sus monumentos, comercio, población y grado de cultura de sus habitantes. Ocupa una situación sumamente pintoresca en medio de una vasta y fértil llanura, entre los pequeños cerros de Navia, Blanco, San Cristóbal y Apoquindo y atraviésala de Oriente á Poniente el río Mapocho. Sus calles córtanse en ángulo recto, formando manzanas de 125 metros de lado, y las casas antiguamente construídas de adobes y con sólo planta baja son hoy en su casi totalidad elegantes edificios de cal y ladrillo y constan de dos pisos, altura que los frecuentes terremotos no permiten sobrepujar. Varios puentes ponen en comunicación la ciudad propiamente dicha con el arrabal de La Chicha, emplazado al Norte del Mapocho. Entre las principales plazas merece especial mención la Plaza de Armas, en cuyo centro se eleva una hermosa fuente de bronce y á cuyos lados se alzan la catedral, el palacio arzobispal, el del Gobierno, el Gran Hotel y otra porción de edificios suntuosos.

Muchos son los edificios públicos notables que posee Santiago de Chile, distinguiéndose entre ellos la Casa de la Moneda, bella construcción dórica donde tienen su residencia el presidente de la República y sus despachos los ministros; el edificio de los Tribunales, ocupado por la Corte Suprema de Justicia, las de Apelaciones y los juzgados civiles y otras oficinas; el Teatro municipal, uno de los más suntuosos de América; el palacio de la Exposición, en que se encuentra un Museo que contiene diversas secciones de historia natural, etnografía, mineralogía, etc., y entre otros objetos curiosos é históricos, banderas, estandartes y trofeos; el palacio arzobispal, la Universidad, el elegante edificio de la Dirección y Administración de Correos, la estación central de los ferrocarriles del Estado, el Mercado central, el edificio de la Intendencia y de la Municipalidad, el cuartel de Artillería, etc. En cuanto á los edificios particulares, cuenta Santiago con un sinnúmero de costosas y elegantes casas de variada arquitectura, figurando también entre las propiedades particulares los pasajes de Matte y de San Carlos, los portales Fernández Concha y Mac Clure que, aunque ocupados por el comercio, sirven de paseos públicos.

Pero por encima de todas las construcciones de Santiago de Chile está indudablemente el palacio del Congreso, que por su grandiosidad y belleza arquitectónicas merece le consagremos algunas líneas más de las que á los otros edificios hemos dedicado. Este hermoso palacio, que es sin disputa el primero de su clase de la América latina, es uno de los monumentos que más llaman la atención en la capital chilena. En sus planos han intervenido sucesivamente los arquitectos franceses Debain y Henaul y el chileno D. Manuel Aldunate, á quien ha cabido la suerte de dar cima á tan importante obra; ésta fué comenzada en 1857, quedó en suspenso en 1860, se continuó diez años más tarde, y en 1876 ya pudieron celebrar las Cámaras sus sesiones en el palacio. El cuerpo del edificio ocupa un rectángulo de 76 metros de ancho por 78 de fondo. Las dos fachadas que se ven en el grabado que publicamos dan acceso á la Cámara de diputados por el Oriente y al salón del Congreso; de los otros dos lados del edificio, el que da á Poniente corresponde á la Cámara de Senadores y el del Sur forma la entrada de diversas oficinas que existen en la parte superior del edificio. El bello jardín que últimamente se ha construído frente á los costados del Norte y Este contribuye no poco á dar realce al palacio.

Varios y hermosos en alto grado son los paseos públicos que posee Santiago. Citaremos entre ellos: la extensa Alameda de las Delicias que recorre la ciudad de Este á Oeste en un espacio de 4.000 metros de largo por 100 de ancho y que surcan multitud de acequias que dan frondosidad á varias filas de árboles que dividen en calles el paseo; el Parque Consiño, quizás el más bello de las ciudades sudamericanas, poblado de frondosas arboledas, amenos jardines y accidentados senderos; y la Quinta Normal, precioso verjel cubierto de árboles de todas clases y formas para favorecer el gusto y fomentar el estudio de las ciencias agronómicas.

El cerro de Santa Lucía, que se eleva en el centro de la ciudad, merece párrafo aparte por ser una de las principales bellezas y por su originalidad tal vez la primera de la capital chilena, y aunque nuestros lectores recordarán sin duda que en el número 479 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, la bien cortada pluma de la ilustre americanista Eva Canel escribió sobre este asunto uno de sus más interesantes artículos, esto no obstante, nos permitiremos añadir por nuestra cuenta algunos datos que completarán el trabajo de tan distinguida escritora. El cerro que, como hemos dicho, se alza en el centro de Santiago, ostenta una vegetación exuberante: mil caprichosos senderos lo cruzan en todas direcciones, infinidad de estatuas pueblan sus espesas alamedas, y desde los innumerables puntos de vista que en él se ofrecen admíranse los más sorprendentes panoramas. Una inscripción que recuerda la inauguración del paseo dice: «Obra de Dios, el pueblo con sus ofrendas la hizo suya.» Y así es la verdad; pues aunque el Santa Lucía no es una construcción artificial, sino obra geológica de las más resistentes á la acción del tiempo, la mano del hombre á fuerza de ímprobos trabajos ha convertido aquella antes árida peña en verjel delicioso que constituye hoy el encanto de cuantos visitan Santiago de Chile; este prodigio se realizó gracias á la iniciativa del que sus conciudanos llaman *el rey de los intendentes*, el distinguido hombre público, el popular y fecundísimo escritor D. Benjamín Vicuña Makenna, que ideó, propuso, llevó á cabo y en gran parte costeó de su propio peculio tan atrevida empresa. Este paseo, cuya área total es de 37.607 metros cuadrados, que cuenta 102 jardines, 416 jarrones de diversas clases y 31 estatuas, fué comenzado en 2 de junio de 1862 y terminado en 17 de septiembre de 1874, habiendo costado su construcción 220.000 pesos en dinero ó materiales, además del trabajo gratis que en ella se utilizó y fué estimado en 90.000 pesos.

Entre los templos que embellecen la ciudad distínguense por su magnificencia, solidez y comodidad la catedral, Santo Domingo, San Agustín, San Ignacio, la Merced, la Recoleta Francisca, la iglesia de los padres Capuchinos y la suntuosa fábrica de la Recoleta Dominica, sin rival en la América del Sur. Notable era también el templo de los jesuítas que un horroroso incendio destruyó el día 8 de diciembre de 1863: celebrábase en él la fiesta de la Purísima Concepción y en sus amplias naves congregábanse más de tres mil mujeres y algunos centenares de hombres. La iluminación era espléndida: de repente surge una llama que invade los ornamentos, y las flores del altar mayor y el incendio se propaga por las bóvedas, que eran de madera pintada al óleo, y en un instante el fuego se apodera del coro. La multitud, presa de terror, precipítase hacia las puertas, pero éstas resultan insuficientes para dar cabida á aquel torrente de carne humana. Entonces comenzó la más espantosa escena, en medio de los progresos aterradores del incendio y de los gritos de la muchedumbre sobre la cual caían los hachones encendidos y el plomo derretido de las lámparas: aquella informe masa humana ardía luchando con la agonía más terrible. En vano se intentó el salvamento: pocos fueron los que se salvaron, y el número de las víctimas se elevó á dos mil quinientas. Actualmente en el lugar en que estuvo emplazado el templo álzase un monumento que la Compañía de Jesús elevó en homenaje á los infortunados que perecieron en tan horrorosa catástrofe.

Cuenta Santiago una porción de monumentos cri-

gidos en honor de los héroes de su independencia O'Higgins, San Martín, Carrera y Freire; de los escritores que han narrado esta guerra Henríquez, Salas, Gandarillas é Infante; de los preclaros estadistas Portales, Tocornal, Sanfuentes, Benavente y García Reyes, y de otros preclaros chilenos, como el historiador y naturalista Molina, el ilustre sabio Andrés Bello, venerable pastor Vicuña y el fundador de Santiago Pedro de Valdivia.



SANTIAGO DE CHILE

Alameda. - Cerro de Santa Lucía. - Salón de honor del Congreso. - Palacio arzobispal y Catedral. - Teatro municipal. - Portal San Carlos. - Puente Calicante. Quinta Normal. - Plaza de Armas. - Palacio de la Moneda.

La instrucción se encuentra en Santiago de Chile en un estado muy floreciente, debido esto al gran número de establecimientos científicos, literarios y artísticos con que cuenta, como la Universidad, la Escuela especial de Medicina, el Instituto Nacional, el Instituto Agrícola, el Conservatorio de Música, las Escuelas de Pintura, de Escultura, de Agricultura, Normal de maestros y maestras, de artes y oficios, de sordos-mudos, la profesional de niñas y otros varios establecimientos públicos y particulares, con más los sostenidos por sociedades formadas de personas amantes de la instrucción del pueblo. Contribuyen á fomentar el desarrollo de la instrucción establecimientos como el Observatorio Astronómico, el Museo Nacional, el Jardín Geológico y la Biblioteca Nacional.

En punto á beneficencia cuenta Santiago con varios establecimientos públicos que están á cargo de una Junta directiva, nombrada por el Gobierno, figu-



ADORADORES DE BACO, cuadro de D. Luis Graner



EL CUARTO ESTADO, cuadro de D. Luis Graner

rando entre ellos tres hospitales, un hospicio de inválidos, otro para locos, una casa para niños expósitos, lazaretos, etc., etc. Depende también de la expresada junta el cementerio general, que es uno de los más notables de la América del Sur por la magnificencia artística de sus numerosos mausoleos. Hay además otra porción de establecimientos de distintos géneros, sostenidos por corporaciones y sociedades particulares, que dan albergue á personas de diferentes condiciones, contando algunos con talleres para el aprendizaje.

Como capital de la República, Santiago es la residencia de todas las autoridades y corporaciones generales del Gobierno; pero además de esta importancia política tiene la ciudad de que nos ocupamos gran importancia mercantil, gracias á los varios Bancos y otros establecimientos de comercio é industriales.

Larga y accidentada es la historia de Santiago de Chile desde que la fundara en 1541 el conquistador D. Pedro Valdivia; pero como de ella algo y muy curioso relató en el antes citado artículo la señora Canel, y como el presente trabajo es puramente descriptivo y rebosa ya los límites que á los de esta índole suele conceder LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hacemos punto final, formulando nuestros fervientes deseos porque la situación anómala por que actualmente está atravesando la floreciente República chilena cese cuanto antes y pueda recuperar en breve la tranquilidad y el bienestar que han hecho de ella una de las más florecientes de la América española.

A

BOCETOS

LA CHISPA ELÉCTRICA

—¡Vaya con la triste vida que llevas!

—Pues mira, no me encuentro mal; voy tirando con ella muy á gusto.

—Sí: como tira con la suya el pájaro nacido en una jaula, en la cual todo puede tenerlo de sobra, y sin embargo desconoce la libertad.

—¡No entiendo!...

—Parece imposible tu resignación, que no quiero calificar de estupidez, porque al fin somos hermanas, y como tal te quiero y por eso me das lástima y te compadezco.

—Pero, dime: ¿por qué me compadeces?

—¿Por qué te compadezco? ¿Y eso me preguntas? ¡No lo conoces! Porque estás sumisa al capricho ajeno; porque no te lanzas al impulso de tu voluntad; porque vives en la esclavitud, y en tu estado no puedes apreciar cuánta diferencia media de ser esclava á ser libre.

—Aunque no comprendo bien todo el alcance de lo que tus palabras significan, ellas, sin embargo, han hecho nacer en mí como un vago deseo de esa cosa que no sé explicarme bien y que deseo conocer.

—Pues has de saber que desde el momento que empiezas á sentirlo, empezarás á entenderlo, desapareciendo la línea que lo separaba del anhelarlo, encontrándote con el esfuerzo para obtenerlo.

—Obscuras me son tus palabras; pero en esa obscuridad brilla como una chispa de nuestra propia luz.

—Veo que al fin vas entrando en razón. Me entenderás.

—En mi ser penetra un extraño inexplicable espíritu que me agita. Tus palabras se introducen de un modo que me conmueven, como dardos candentes.

—¡Es claro! Así como un rayo de luz disipa la más densa sombra, así la indicación de un bien desconocido mueve por lo menos á sublevarnos contra la desgracia que nos martiriza.

—Efectivamente; desde que fijo la atención en lo que me dices, cosa que yo ignoraba, paréceme que siento en mí como una fuerza nueva.

—No; nueva no es: sientes lo que residía en ti, pero que por ignorar su fuerza no le dabas importancia alguna, como el imbécil con un tesoro en la mano. En la caja de fósforos existe el fuego... es decir, lo necesario para producir la llama con una ligera frotación, y del brillo de ésta al incendio apenas media tiempo.

—Creo que tienes razón: no quiero vivir sumisa y dócil, sujeta y esclavizada de este modo, siempre al capricho de ajena voluntad.

—¡Bien! ¡Así me gusta verte! Desde este momento puedes considerarte libre... Querer es poder. Rompe ese encierro, despréndete de esas cadenas de metal que te sujetan, lánzate al espacio. ¡Mírame! Desde el seno de la nube broto brillante y deslumbradora, cruzo la atmósfera; hiero la punta de un peñasco, atravieso el muro; abro y desgajo el robusto tronco del árbol secular; penetro en los valles; alcanzo las llanuras; me deslizo sobre el mar; casi cegando ilumino con vivísima claridad... el retumbante ronco rugido del trueno es la armonía que acompaña el estridente chillido que mi velocidad produce... ¿Comprendes ahora la belleza, la delicia de mi libertad?...

La pobre chispa elétrica llegó á punto de romper las vasijas de la pila de Volta, y desprendiéndose de los conductores, echarse fuera por donde pudiese, para lanzarse al espacio, como la centella que la seducía.

. . . .

Pero volviéndose á su seductora hermana le pregunta:

—Veo ya muy claro; mas antes deseo me expliques bien si además de eso sabes ó puedes hacer alguna otra cosa.

—¿Y te parece poco? Yo cumplo con ello una misión que, á serte ingenua, no comprendo bien; pero estoy cierta de ello.

—Quería yo decir si además de eso sabes ó puedes hacer una cosa distinta, algo más útil que el espanto y estrago y destrozo que produces. ¡Ah! Pues mira, la cosa cambia por completo de aspecto. Me parece que tu libertad es ilusoria, y cumpliendo, como dices, una misión, también obedeces á otra voluntad. Si tú no sabes convertir tu libertad en algo provechoso, si tu libertad sin restricción alguna hiere, destroza, espanta y ciega... ¿á qué conduce? ¿de qué sirve? ¡Pobre hermana! Yo, es verdad, me formo dentro de esas vasijas colocadas en la obscuridad de una caja; sigo esos conductores, que lejos de mirar como duras cadenas considero como suavísimos lazos que me unen á la humanidad, y con ella me identifican formando parte de su vida; estrecho sus relaciones de sentimiento y de interés, uno los pueblos, mitigo las penas de la separación de las familias, y el mundo entero me bendice. Sin una sabiduría que supo darme vida, sin una inteligencia que me impulsara, sin un aparato que me dirigiese y me contuviera... para cosa alguna serviría. Tú con esa libertad sin freno atemorizas, espantas y destrozas, y te maldicen. Yo con mi dulce y provechosa esclavitud soy querida y bendecida. ¡Déjame en paz con ella! ¡Deja que me bendigan!

JUAN O. NEILLE

NUESTROS GRABADOS

Otro beso, cuadro de Italo Nunes-Vais. — La escena que representa este cuadro, obra del celebrado pintor tunecino Nunes-Vais, premiada en la reciente Exposición de Brera, no puede ser más real ni más sentida, y de ello darán fe cuantos hayan sido actores ó testigos de situaciones análogas. En este lienzo, cuya descripción no hemos de hacer porque por sí sola se hace, predomina de tal suerte la nota del sentimiento y está ésta tan maravillosamente expresada; que á pesar de que la composición carece de los principales elementos estéticos, á pesar de la monotonía del fondo, de la falta de horizonte, de la ausencia absoluta de los recursos que para producir la belleza tiene el arte pictórico, el cuadro es de los que, sin dejar de halagar los sentidos, impresionan directamente el alma y causan cierta sensación inefable de bienestar en quien los contempla.

¡Es tan simpático el asunto en que está inspirado *Otro beso!* ¡Hay tanta pasión en ese ósculo que junta los labios de la madre y de la hija!

***

Dibujos de Guillermo Kuhnert. — En la pintura de todos los países, la reproducción de los animales ocupa lugar muy importante, lo cual se explica de una parte por las estrechas relaciones que entre aquéllos y el hombre existen y de otra por los atractivos que al artista ofrece la representación de unos seres, que bellos ya por sí, vienen además á ser el símbolo de determinadas ideas. El arte moderno ha extendido considerablemente el campo dentro del cual se movía este género pictórico, y la afluencia de elementos cosmopolitas á los centros artísticos, así como la facilidad de emprender largos viajes, han dado carta de naturaleza en el arte á una porción de animales que hasta hace poco no existieron para los pintores. El desarrollo de los jardines zoológicos ha ejercido también en este punto considerable influencia, puesto que en ellos se ha podido estudiar cómodamente y sin peligros la vida de los fieros habitantes del desierto.

Como en todas las manifestaciones de la creación artística, prevalece hoy en la pintura de animales la tendencia á reproducir el elemento psicológico, individual de los mismos; ya no se pinta el león, sino un león, y los bueyes, por ejemplo, aparecen caracterizados como si fuesen animales racionales. Esto ha traído consigo, como en los demás géneros de pintura, las especialidades, pues para pintar con toda perfección la característica de un animal, precisa que el artista se halle preparado con profundos y generales estudios, que conozca á fondo la especie á que pertenece el ejemplar cuya imagen intenta trasladar al lienzo. De aquí que casi todos los pintores de animales se muevan dentro de un círculo especial; así, por ejemplo, Meyerheim es el pintor de los leones y de los monos, Braith el de los bueyes, Zugel y Gebler los de las ovejas, Jutz consagra su talento á la reproducción de las aves, Kroner ha alcanzado gran renombre con sus ciervos, Guido de Maffei se recrea pintando cerdos, zorras y tejones, la señora Biedermann-Arendts muestra gran predilección por los perros y Julio Adam logra lauros sin cuento con sus gatos. Como éstos pudiéramos citar otros cien, aun sin contar con los que llenan sus paisajes con animales domésticos ó salvajes.

En cuanto á los motivos ó asuntos de tales cuadros, nótase la particularidad de que los animales domésticos inspiran composiciones idílicas, mientras que los fieros dan origen á lienzos verdaderamente dramáticos.

Hemos citado á Meyerheim como pintor de leones, y recientemente han aparecido dos nuevos talentos, Reinardo Friese y Guillermo Kuhnert, que también dedican su interés al rey del desierto. Kuhnert, de quien reproducimos hoy algunos estudios, ha llamado la atención de los inteligentes con las obras que en estos últimos años ha enviado á las exposiciones alemanas y entre los cuales merecen especial mención una *Lucha entre un rinoceronte y un león* y varios cuadros que representan leones y tigres. Pero este pintor se distingue también en la figura, como lo prueba su celebrado lienzo titulado *Espías árabes descubriendo las huellas de una caravana.*

Las obras de este artista, y de ello puede juzgarse por los estudios que de él publicamos, acusan en su autor gran facilidad al propio tiempo que gran seguridad de ejecución, reflejo de una observación atenta y de un estudio concienzudo.

Kuhnert es uno de los jóvenes más distinguidos que han salido de la escuela berlinesa, y su aplicación le tiene reservado un hermoso porvenir.

***

Ejecución de piratas chinos. — El día 10 de mayo último tuvo lugar en la ciudad de Kow-Loon, situada en el litoral chino, frente á la isla de Hong-Kong, la ejecución de diez piratas chinos. Su crimen, ó mejor dicho, su criminal tentativa merece ser conocida.

En el mes de noviembre del año último salió de Hong-Kong con rumbo á los puntos del Norte el *Steamer Namoa*, de la compañía Douglas-Laprack, conduciendo además de un buen cargamento de opio una respetable cantidad en piastras. Figuraban entre los pasajeros diez bonzos, que se distinguían no sólo por el traje sino también por su aspecto sencillo y bondadoso.

Durante la primera noche de navegación y cuando el *Namoa* se hallaba costeando y la tripulación y pasaje entregábanse al descanso, convirtiéronse de pronto los religiosos en vandidos. Precipitáronse sobre el timonel y el oficial de guardia, cosiéndolos á puñaladas, entregándose en seguida al pillaje del buque, aprovechando los primeros momentos de confusión que produjo su inesperado ataque, favorecidos por una noche sin luna. Esto no obstante y organizada la defensa, fueron acorralados los piratas, quienes para no caer en poder de la indignada tripulación arrojáronse audazmente al mar, logrando ganar á nado la próxima playa. Mas por desgracia para ellos fueron prendidos y juzgados inmediatamente por las autoridades chinas, que se propusieron hacer un escarmiento ejemplar.

Sentenciados á muerte y publicado el fallo en todas las ciudades del Celeste Imperio, fueron decapitados en el mismo lugar en donde abordaron la noche de la comisión del crimen. Arrodillados á dos metros de distancia unos de otros, esperaron con estoica tranquilidad el momento fatal, sin dar la menor muestra de debilidad ó cobardía, notándose en ellos ese desprecio de la vida que poseen hombres de ciertas razas para quienes la muerte nada significa.

Los dos grabados que reproducimos, tomados de fotografía, representan el momento antes de la ejecución y el en que el verdugo había cumplido su repugnante cometido.

***

Adoradores de Baco, cuadro de D. Luis Graner. — El cuarto estado, cuadro de D. Luis Graner. — Es el joven pintor Sr. Graner un artista de indiscutible mérito. Cultiva el arte con verdadero entusiasmo, complaciéndose en vencer los escollos que en la ejecución pueden ofrecerle los violentos contrastes de tonos, tipos y situaciones. De ahí que se observe en la mayoría de sus cuadros el resultado de prolijos estudios, y se admire en ellos la voluntad firme y decidida del artista que se propone basar su reputación á costa de prolija labor y del constante estudio del natural. Los efectos de luz, la reunión de diversos tipos, las escenas en donde el artista puede hallar representaciones gráficas de las pasiones que dominan al hombre de las últimas clases sociales, los abigarrados conjuntos en los que se hallan reunidos lo delicado con lo grosero, lo vulgar con lo correcto, sirven de asunto á Graner para sus composiciones, que llevan marcado en sí el sello de su noble empeño y el de su recomendable laboriosidad.

Varios cuadros de estudio y un gran lienzo que representa el interior de una taberna, iluminada por débiles candilejas, ha remitido á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. En todos pone Graner de manifiesto sus cualidades y en todos se revelan las condiciones que residen en este joven y aprovechado artista. Si sabe conservarlas y persiste en proseguir por tal senda, aseguramos que ha de lograr en breve plazo honra y provecho.

***

Maja, cuadro de D. Manuel Cusi. — Preciosa es la *Maja* de Manuel Cusi, adquirida recientemente por un opulento bávaro para servir de preciado adorno en su aristocrático salón de Munich. Hemos tenido ocasión de celebrar en distintas ocasiones sus bellas cabecitas de mujer y las graciosas figurillas de *flamencas*, pintadas con gracia, donaire y verdad, de tonos simpáticos y agradables; pero su último lienzo excede en mérito á todos los que hasta ahora ha producido su brillante paleta. Acusa desde luego un adelanto, un progreso sensible y una victoria alcanzada por el artista, tanto en la composición como en la fidelísima y espléndida interpretación de las telas y tapices. Bella es la figura de la maja, graciosa su actitud, que no da lugar á confundirla con la descocada y vulgar flamenca, y admirable la ejecución del raso de su vestido, de la mantilla y del delicado tapiz que constituye el fondo, sobre el que se destaca elegante, risueña y simpática como el rosado tono de su falda ó el blanco encaje de su tocado nacional.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



Salían juntos é iban á pasear por los alrededores

– ¿Qué significa?... comenzó á decir Gilberto.

Pero se interrumpió, al notar que el semblante de Blanca había cambiado y que sus colores desaparecían.

– ¿Qué tiene usted?, preguntó.

– Nada... sin duda el calor... no haga usted caso.

Y siguió con la vista el vehículo que se alejaba en dirección á la Fresnage. Gilberto comprendió que no quería confesar su turbación, y viendo que se callaba, deseoso de poner término á ese silencio embarazoso para ella, reanudó la conversación.

Así transcurrió un cuarto de hora, y ya se había obviado el incidente, cuando vieron á Pedro que volvía; pero esta vez no iba solo, y Gilberto vió á su lado á la joven de Blatigny, la misma con quien hablara algunos días antes en la feria. El cabriolé, arrastrado por el caballo que iba á galope y en el cual se destacaba claramente la silueta de los dos viajeros, pasó á cincuenta metros debajo del sitio donde estaban Gilberto y la vizcondesa, sin que éstos fuesen vistos; Blanca permanecía inmóvil, con la mirada fija en el recodo del camino por donde el cabriolé había desaparecido y en aquel instante estaba espantosamente pálida.

Gilberto quiso defender á su amigo.

– Habrá encontrado á esa joven, dijo, y le habrá ofrecido conducirla... Seguramente no la conoce.

Blanca miró á su acompañante, sonriendo con tristeza.

– Trata usted de excusarle, y veo que es demasiado bueno... Conozco á esa joven, pues servía de costurera en el castillo y fué preciso despedirla... Sus padres son de la Fresnage... Ya ve usted que estoy bien informada... Pero ese Pedro me había prometido... ¡Oh! Eso es indigno... ¡A dos pasos de Mareuil y á la vista de todo el mundo; delante de esos campesinos que le conocen y á quienes encuentra á cada paso!... ¡No tiene vergüenza... ni respeto alguno para sí propio, para nosotros, para sus hijos, para su hija!...

Su voz temblaba de cólera; después las lágrimas brotaron de sus ojos y ocultó su rostro entre las manos.

Gilberto quiso consolarla, prometiendo hablar á Pedro para hacerle comprender todo cuanto su conducta tenía de odioso; pero la vizcondesa le interrumpió.

– ¿Le parece á usted, dijo, que las palabras pueden servir de algo?... Es un niño; ya se lo he dicho á usted... Obra sin reflexión... ¡Ah! ¡Si usted supiera cuánto me ha hecho sufrir!... ¿Piensa usted que yo lo ignoraba todo allá en París... ó que yo perdonaba?... ¿Es acaso posible? ¿Puede una mujer por ventura ver esas cosas sin sentir lacerado el corazón y sin quejarse?... Han mediado escenas violentas, lágrimas... juramentos que no ha cumplido; pero nadie supo nada... Y usted me creyó feliz, indiferente... Recuerdo que usted me interrogaba y que yo hice lo posible por engañarle y engañarme á mí misma... Porque hubiera querido olvidar, aturdirme, hacer como él; pero no podía... no es fácil cambiar... ya lo ve usted por lo que hace á él... Y yo lloro... pero ¿de qué sirve llorar?... Sólo para echar á perder este hermoso día...

La vizcondesa trataba de sonreir, movía la cabeza, enjugábase las lágrimas y hacía un esfuerzo para reponerse.

– Hace un día magnífico, prosiguió, y esto vale más que París... más que una de aquellas reuniones en un salón donde uno se asfixia... Convenga usted en ello... ¡Qué ridícula era yo allí!... ¡Y aquel Charnasón, que no me dejaba nunca y que se creía con derechos!... Ahora es subprefecto, no sé dónde, en alguna provincia del Norte.

Blanca hablaba de cosas que no se habían tratado nunca entre los dos. Desde



Aquel lugar era el término de la excursión cuando no se proponían ir muy lejos



Gilberto vió á su lado á la joven de Blatigny

la llegada de Gilberto, jamás había hecho alusión alguna la vizcondesa á las relaciones que habían mediado entre ellos en París; pero del trastorno que acababa de sufrir quedábale una especie de fiebre que precipitaba las palabras en sus labios. Era uno de esos momentos en que, bajo la presión de las circunstancias, el alma sensible de una mujer se descubre con toda sinceridad, revelando lo que las conveniencias la obligaban á disimular hasta entonces. Gilberto, escuchándola con sorpresa, no dudó que se hallaba en uno de esos momentos de crisis y que esto redundaría en beneficio de su amor, despejándose su situación y produciéndose un cambio en ella.

La vizcondesa volvía á estar alegre; las lágrimas habían avivado el brillo de sus ojos, tiñendo sus mejillas de un suave color sonrosado; su cabeza se doblegaba suavemente bajo la especie de postración y desfallecimiento que sigue á las sacudidas morales, y en aquella postura, con el cuello y los hombros desnudos, Gilberto la contemplaba embriagado, un poco pálido y poseído de un malestar que le oprimía. Blanca notaba aquella emoción, pero no se inquietó por ella y hasta parecía agradarle en aquel momento, pues lejos de hacer cosa alguna para desvanecerla, aumentábala con la persistencia de sus miradas, sin apartar sus ojos de Gilberto. Y seguía hablando, refiriéndose á las cosas pasadas, evocando el recuerdo de sus triunfos de otro tiempo, como para olvidar el espectáculo que se había ofrecido poco antes á sus ojos, ó acaso impulsada á pesar suyo por un instinto de represalias, por la necesidad de tomar venganza de Pedro, asociando en ella á Gilberto y mezclando en seguida su nombre entre sus frases. En el colmo de su irritación, parecía que necesitaba desahogarse.

– Yo tenía entonces mi corte, dijo, una corte de adoradores que suspiraban á mi alrededor... Y también usted se hallaba entre ellos... sí, usted mismo... ¡y hasta diré que le hirieron á usted por haber salido en mi defensa!

– ¡Cómo! ¿Quién se lo ha dicho á usted?

– ¡Qué!, ¿por ventura cree usted que Charnasón no se apresuró á vanagloriarse de ello!... Pero no ha obtenido ninguna recompensa, pues desde aquel día no he vuelto á verle. Entonces comprendí muy bien que aquel lance fué lo que le indujo á usted á marcharse... y en cuanto á mí, el incidente me obligó á concentrarme en mí misma, al ver que podía ser causa de otras desgracias. Mi género de vida cambió... y ya lo ve usted, aun desde lejos me hallaba sometida á su influencia...

Era necesario que se le solicitase, que la casualidad interviniera y que aquella mujer, fuera de sí, diera el primer paso, para que Gilberto abriera su corazón, pues jamás hubiera osado hacerlo de por sí.

– ¡Sabe usted, pues, que la amo, exclamó, que la he amado siempre!...

Al decir esto, cogió la mano de Blanca, sin que ésta la retirase; le miraba sonriendo, con ojos indulgentes, llenos de ternura y de fuego y como orgullosa también de la declaración que acababa de oir.

Entonces Gilberto quiso inclinarse sobre aquella mano, que aún tenía cogida; pero Blanca la retiró y levantóse al punto.

– No... dijo. Volvamos al castillo.

– ¡Una sola palabra por favor!... ¿Me permitirá usted que la ame? ¡Usted lo sabe ya y no se ofende!

La vizcondesa no contestó; avanzaba por el camino con paso ligero, y de vez en cuando volvía la cabeza y sonreía con expresión de felicidad sin pronunciar una palabra. Gilberto seguía á Blanca, dichoso también, con el corazón aliviado de un gran peso, porque al fin había hablado.

Vió á sus pies algunas flores silvestre[s] que crecían entre las arenas del cerro, c[o]giólas y se las ofreció á la vizcondesa.

– Gracias, dijo, aceptándolas sin va[ci]cilar.

– ¿No le recuerdan á usted nada?, pre[gun]tó Gilberto. Aún era usted una niña...

Blanca miró á su interlocutor con air[e] de sorpresa, sin comprender el sentido d[e] sus palabras.

– Yo tenía entonces quince años, dij[o] Gilberto, y acababa de ver á usted po[r] primera vez; rondaba el castillo sin atre[] verme á entrar y ocultábame en la espe[] sura para ver á usted cuando pasase...

Blanca se detuvo bruscamente.

– Lo recuerdo... dijo. ¡Cómo! ¿Era us[]ted?...

La vizcondesa continuó su marcha co[n] la cabeza inclinada, como si reflexionase y siempre con la sonrisa en los labios. En tonces evocó todos los recuerdos de Gilberto, todas sus emociones de niño, y és[ta] la refirió todo cuanto había experimentad[o] por ella desde el primer día, y cómo [al] cabo de tantos años, aquel amor habí[a] sido cada vez más vehemente, atormenta[] do por la pasión de los celos... Blanca l[e] escuchaba con interés, dejándole deci[r] todo cuanto sentía.

Al fin llegaron cerca del declive desd[e] donde Gilberto había arrojado el ramo.

– ¡Mire usted, dijo, es allí!

Blanca miró aquel sitio sonriendo, per[o] sin acortar el paso y diciendo:

– Vamos, vamos á casa...

Mas al llegar á la última arboleda que precedía á la verja, Gilberto obligó á Blanca á detenerse.

– ¿Me ama usted, me ama usted? ¡Por favor le pido la contestación!

La vizcondesa le miró con expresión más cariñosa que nunca; hubiérase dich[o] que su corazón se dilataba, agradecida á las confidencias que Gilberto acabab[a] de hacerle, y sobre todo á una adoración tan constante y discreta. Blanca l[e] tendió su mano, y le permitió estampar en ella un beso.

Y después, alejándose rápidamente, franqueó la verja.

VII

¡Sí, Blanca le amaba! Gilberto no podía dudarlo; y aunque ella no lo confe[] sase aún, en todo lo revelaba á su pesar: sus miradas, sus menores frases, hasta su silencio, que era embarazoso cuando se encontraban por casualidad ó cuando la tercera persona que la vizcondesa tenía siempre cuidado de mezcla[r] en las entrevistas se ausentaba.

Y todo tomaba un nuevo giro, sin que subsistiese ya nada obscuro en la con ducta que la vizcondesa había observado con Gilberto hasta entonces. ¡Blanca le amaba hacía largo tiempo, tal vez desde su marcha á París! Y hasta aque[l] proyecto de casarle con la señorita de Sainte-Severe era un indicio, sin duda una prueba á que quiso someterle para asegurarse de sus sentimientos, ó bie[n] la conveniencia de sacrificarse ella misma, entregándole á otra, á fin de preser[] varse de toda debilidad. Si esta última hipótesis era cierta, traducía un senti[] miento de mujer honrada.



Gilberto comprendía que la vizcondesa era una mujer virtuosa, y no se l[e] ocultaba que entre la certidumbre de ser amado y la idea de que ella cedies[e] mediaba un abismo. Por eso, lejos de abrigar semejante pensamiento, rechaz[a]bale como una mancha de que no era merecedora.

¡Ya era bastante que le permitiese amarla! Los dos iban á vivir felices; [...]



Blanca le tendió su mano y le permitió estampar en ella un beso

más ligero incidente, un encuentro inopinado, una palabra, tomarían las proporciones de un acontecimiento. ¡En aquella mutua inteligencia, en aquel misterio, sin cesar ocupados uno de otro, adivinándose por las menores señales, pero mostrándose á la vista de todos extraños é indiferentes, había bastante felicidad!

Por eso se abandonó algún tiempo al encanto de aquella situación. La idea de ser amado de la vizcondesa de Cabrol era algo tan extraño para él y tan prodigioso, que no le parecía posible acostumbrarse á ella ni ver el término de su embriaguez.

Sin embargo, ésta acabó por desvanecerse, y su nueva situación le pareció más cruel que nunca.

Su amor se había acrecentado con su declaración, y este amor, sin esperanza como antes, hacíase más exigente. Entonces comenzó á sufrir los primeros tormentos que había presentido al dirigirse á Mareuil, pero más complicados y con un refinamiento de barbarie que no sospechó.

¿Mas por qué no se marchaba? Habían transcurrido ya seis largos meses desde su llegada, y era el momento más oportuno para despedirse.

Sin embargo, al oir la primera indicación sobre este punto, Blanca se contristó otra vez, y Pedro le había dicho con ese tono brusco y alegre, peculiar en él: «¡Te lo prohibo!» En cuanto á la anciana marquesa, le profesaba tanto cariño, que no podría prescindir de él; Gilberto hubo, pues, de quedarse.

Por otra parte, al acercarse el verano el castillo se reanimó de nuevo por la llegada de varios huéspedes. La condesa de Chalieu y su hermana se presentaron muy pronto seguidas de la baronesa de Tertre. Estas señoras atrajeron á varias amigas suyas de los alrededores con sus esposos, y toda aquella gente iba á pasar el día en Mareuil, distrayendo á los demás con su inagotable conversación durante las largas tardes en la sala de reuniones y en las prolongadas noches en el terrado.

Blanca de Cabrol y Gilberto podían evitar así mejor la vigilancia, aunque no trataban de aislarse; pero perdiéndose en los grupos y entre las atenciones distraídas, érales más fácil, bajo la excusa de los cumplidos de costumbre, darse mil pruebas preciosas de su mutua ternura.

En aquella sociedad, la condesa de Chalieu era quien parecía dirigirlo todo. Bien conservada, á pesar de sus sesenta años, y todavía con restos de belleza, muy distinguida y conocedora de los menores detalles de la vida en sociedad, era resuelta en sus apreciaciones y juzgaba de todo sin apelación; de modo que los demás, aceptando su autoridad, no obraban sin su parecer, fijas siempre las miradas en ella como para tomar la consigna.

Al ver á Gilberto instalado en Mareuil, observóle detenidamente, notó con mucha atención su actitud respecto á la vizcondesa, las consideraciones que ésta le dispensaba, y muy pronto formó su opinión.

Tal vez le supuso más adelantado de lo que en realidad estaba; pero como quiera que sea, muy pronto pasó de la más prudente reserva á la mayor amabilidad; esto era más que suficiente y con ello se dió la señal. La condesa de Preville siguió su ejemplo, y apenas llegada la baronesa de Tertre, á quien se puso al corriente de todo en dos palabras, manifestó la más lisonjera curiosidad respecto al señor de Maujeán y tuvo para él la más indulgente sonrisa. Desde entonces, el grupo de aquellas señoras se entreabrió para recibirle; todo cuanto decía estaba bien dicho, y cuanto hacía merecía la aprobación general.

Con la señorita de Sainte-Severe sucedía en cambio todo lo contrario: sus relaciones con Gilberto eran sumamente frías. ¿Sería por efecto de las mismas suposiciones? Lo cierto es que desde el día en que comenzaron sus paseos solitarios con la vizcondesa, hubiérase dicho que le miraba con enojo.

Habíale hecho comprender durante el invierno que su altivez estaba muy por encima del homenaje que él le rehusaba; parecía haberse concentrado en sí misma, no se fijaba nunca en él y aparentaba estar distraída cuando él la hablaba; pero desde hacía algún tiempo, hubiérase dicho que aquella indiferencia se convertía en una animosidad que Gilberto sospechaba.

Cierto día la encontró en el jardín sentada, con un libro en la mano y fija su atención en los niños, que jugaban allí cerca. No podía pasar sin dirigirle la palabra y decidió afrontar la situación.

– Tenga usted cuidado, señorita, dijo; ha elegido mal sitio, pues muy pronto le dará el sol de lleno y hoy calienta mucho...

La señorita de Sainte-Severe cerró el libro y miró á Gilberto, más bien con expresión de asombro que agresiva. Sin duda reflexionaba.

– Verdad es que la sombra me convendría mejor, repuso, pronunciando estas palabras con tono de amargura.

– ¡Ah!, ¿desea usted un cumplido?... Pues lo tendrá... No, no es la sombra lo que á usted...

– Es demasiada amabilidad y yo le doy las gracias, interrumpió la señorita de Sainte-Severe.

Y casi seguidamente añadió:

– Ahora debe usted ser feliz, señor Maujeán.

Gilberto creyó que su interlocutora aludía á sus últimos paseos con la vizcondesa de Cabrol y frunció el ceño.

– ¿Por qué soy feliz, señorita?

– ¿No nos había dicho usted que le agradaba mucho la nobleza?... Pues bien: me parece que ya tiene bastante para estar satisfecho... Toda la aristocracia del país afluye aquí; la condesa de Chalieu ha dado la señal... la señora de Preville y la baronesa de Tertre se han unido á ella; y también tenemos los Selligny, el conde de Bagrassand... en fin, no veo aquí más persona vulgar que el abate Souchón; pero en cambio es sacerdote... y sabio. Ahora se ocupa en reseñar las inscripciones sepulcrales de Mareuil y resulta que todos los muertos eran nobles y muy ilustres... por lo cual su corazón se dilata de orgullo. A fuerza de rozarse con la nobleza, se acaba por creer... Sí, debe usted estar muy contento.

– Así es, efectivamente, señorita; mas por otros motivos de los que usted supone. Sea cual fuere el origen de una persona, no se le puede negar el derecho de gustar de la cortesía y de las consideraciones en el trato de la vida. Yo encuentro esto en las señoras de Chalieu y de Preville... Esas damas que no tienen nada que envidiar de los de arriba, se muestran benévolas con los de abajo. ¿Qué le he de hacer si esto me sucede?

– ¿Tan buenas cree usted á esas señoras?, repuso la institutriz, fijando en Gilberto una mirada penetrante é irónica.

– Nada me hace suponer lo contrario.

(Continuará)

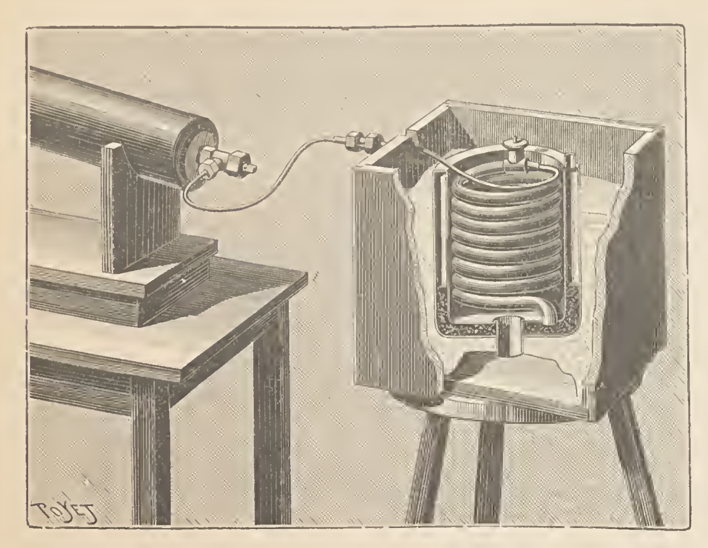


Y entonces podía deslizar una mirada furtiva hasta el interior de la habitación

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL CRIÓGENO DE M. CAILLETET

La producción de elevadas temperaturas ha suministrado á los químicos, físicos é industriales recursos importantísimos, que han contribuído á la fabricación de productos de reconocida utilidad ó bien á la ejecución de instructivos experimentos, no ofreciendo menor interés la producción del frío ó de bajas temperaturas. Un aparato que permita producir con facilidad un frío intenso, podrá considerarse como un instrumento de nueva utilidad en los laboratorios ó para la industria. Un aparato de este género es el que recientemente ha inventado el sabio académico M. L. Cailletet, dándole el nombre de criógeno.



El criógeno de M. Cailletet

A este propósito creemos oportuno recordar los principales métodos usados para obtener bajas temperaturas. Los más antiguos estriban en el empleo de hielo desmenuzado y sal marina, sulfato de sosa y ácido clorhídrico, nitrato de amoníaco y agua, etc. Después utilizáronse también substancias volátiles producidas por la cooperación del gas, tales como el amoníaco líquido, el ácido sulfuroso líquido y el cloruro de metilo; el ethileno y el formeno líquidos han sido utilizados asimismo para la licuación del oxígeno y del aire.

M. Cailletet sírvese en su nuevo aparato del ácido carbónico líquido, tal como hoy lo produce la industria, obteniendo rápidamente en su criógeno una baja temperatura por la dilatación del gas licuado.

El aparato cuyo dibujo reproducimos ha sido construído por M. Ducretet, y consta de dos vasos concéntricos de cobre niquelado, quedando entre ellos un espacio circular de algunos centímetros. Un serpentín igualmente de cobre hállase colocado en el vaso interior, siendo sus dimensiones aproximadas cuatro metros de longitud por quince milímetros de diámetro; está provisto en su punto de entrada de una espita, y á su salida va á parar al espacio circular comprendido entre los dos vasos.

Cuando se desea operar llénase de alcohol (3 litros aproximadamente) el vaso interior, que sirve de baño refrigerante para los experimentos que deban hacerse, poniéndose en comunicación el serpentín con una botella de ácido carbónico líquido, según se representa en el grabado. Abierta la espita de la botella permite que el líquido llegue hasta la del serpentín, y el descenso del ácido carbónico determina la congelación en nieve. Los copos de ésta, al ponerse en contacto con las paredes del serpentín, transfórmanse rápidamente en estado gaseoso, produciéndose el frío. Hay que advertir que en el espacio circular colócanse fragmentos de esponja empapados de alcohol. La nieve que haya podido atravesar el serpentín sin evaporarse se disuelve en el alcohol, y la refrigeración que de ello resulta completa el descenso de la temperatura.

El aparato hállase colocado dentro de una caja almohadillada y provisto de su correspondiente tapa guarnecida de lana para protegerlo del calor, existiendo en ella varios orificios que permiten el paso del termómetro, del agitador, etc. Con el criógeno pueden obtenerse, en muy corto espacio de tiempo, setenta grados de baja temperarura.

Cuando se interrumpe la circulación del gas ácido carbónico el aparato se calienta muy lentamente, gracias á sus envolturas protectoras. En un experimento llevado á cabo con todo el cuidado y precauciones necesarias, pudo notarse que hasta al cabo de nueve horas la temperatura del alcohol no ascendió de 70° á 22°. De esta suerte se comprende que inyectando por los ensayadores y á pequeños intervalos una pequeña cantidad de ácido carbónico líquido, se llega á sostener indefinidamente una temperatura constante y baja.

En muchos experimentos ha podido comprobarse que para conseguir que el aparato con tres litros de alcohol llegue á los 70° basta emplear de 2 á 2 y medio kilogramos de ácido carbónico líquido.

El criógeno de M. Cailletet, que acabamos de describir, puede considerarse que realiza respecto del frío lo que el hornillo de gas del laboratorio respecto del calor. Es, pues, indudable que este aparato está llamado á prestar grandes y útiles servicios.

G. T.

***

LA NUEVA PILA DE ÓXIDO DE COBRE DE M. DE LALANDE

Todos los electricistas dedícanse desde hace mucho tiempo al descubrimiento de una pila que á pesar de su excepcional energía presente poco volumen y sea de fácil y económico entretenimiento. Las investigaciones y ensayos que á este fin se han practicado han sido numerosos, sin que nos haya sido posible citar hasta ahora un aparato verdaderamente práctico y de resultados completamente satisfactorios. Sin embargo, entre todos los elementos de pila inventados hasta hoy, preciso es fijarse en la pila de óxido de cobre y de potasa de MM. Lalande y Chaperón, ya que presenta ventajas por su constancia, fuerza y economía. Por otra parte, M. Lalande acaba de aportar á esta pila, ya de antiguo conocida, una serie de mejoras que permiten apreciar más y más las ventajas que ofrece.

En los primeros modelos, el cinc estaba dispuesto horizontalmente y debajo de él había un lecho de óxido de cobre, todo ello bañado por una solución de potasa. Esta disposición presentaba numerosos inconvenientes, puesto que el montaje y desmontaje de la pila exigía detenidas operaciones que se hacían difíciles por la presencia de la potasa. En el nuevo modelo de pila existen dos electrodos verticales, dispuestos convenientemente sobre las espigas-soportes, permitiendo sumergirlos ó elevarlos á voluntad. En un vaso cilíndrico de medida ordinaria mantiénense los electrodos en la parte superior, en la solución de potasa, descendiendo al fondo por su mayor densidad el cincato de potasa.

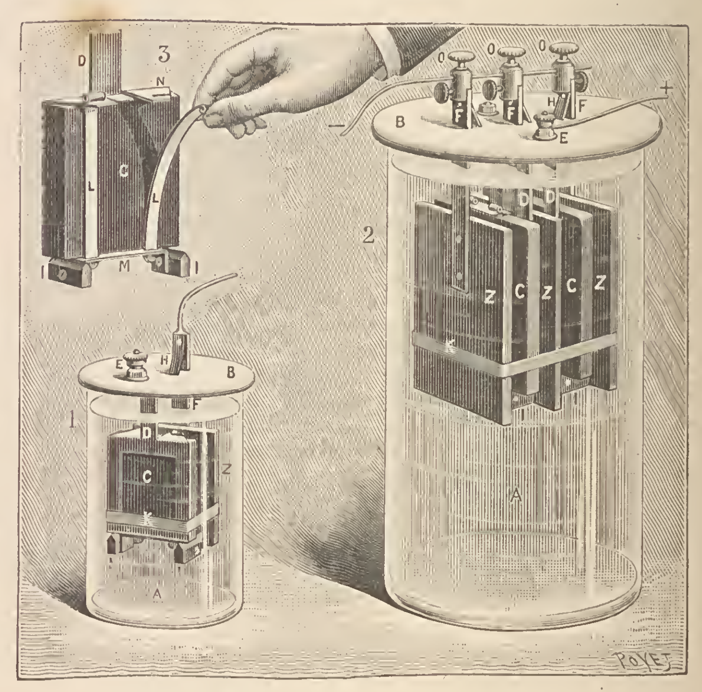
Para lograr este resultado es preciso vencer la dificultad que ofrece la preparación de un electrodo positivo con todas las propiedades del óxido de cobre granulado, emplazarlo verticalmente; en una palabra, formar un aglomerado. Al cabo de una serie de ensayos M. de Lalande ha resuelto el problema de la siguiente manera:

Sométese á la acción de una prensa hidráulica una mezcla de residuos de cobre y de 4 á 5 por 100 de arcilla, un tanto humedecida, resultando de ahí una masa que resiste dentro de un horno una temperatura de 600 á 700 grados y obteniéndose de este modo una sólida placa de suma utilidad. Lógrase el mismo resultado agregando al cobre un 6 ú 8 por 100 de alquitrán, que se somete también á la acción de un horno. Con estos procedimientos prepáranse las placas aglomeradas que constituyen los electrodos positivos de las pilas; siendo poco conductible el óxido de cobre, la depolarización se efectúa en mínimas proporciones; mas á medida que la reacción se opera, el óxido de cobre redúcese también bajo la influencia del hidrógeno y el electrodo conviértese en mejor conductor. Para alcanzar seguidamente el mismo efecto, basta sumergir la placa porosa dentro de un vaso lleno de agua con polvos de cinc en suspensión y después en agua acidulada. Fórmase así una serie de pares de pila locales que reducen el óxido de cobre al estado de cobre metálico. Este cobre obtenido por dicho procedimiento es esencialmente poroso y se reoxida casi en seguida; por este motivo es conveniente antes de utilizarlo cubrirlo de una capa continua de cobre galvanoplástico, sometiendo la placa á un depósito de cobre ordinario. Para efectuar esta operación recomienda M. de Lalande que se haga uso de una gran densidad de corriente de dos á tres amperes por decímetro cuadrado. Así se obtiene un aglomerado que no se halla expuesto á reoxidarse y que posee toda la solidez deseable.

Los aglomerados móntanse en un soporte especial formado por una placa de palastro de cobre cortada, dentro de la que se hallan sujetos por medio de los muelles L. Nuestro grabado reproduce los detalles del montaje de los aglomerados, así como la disposición de los cincs en la pila. Las láminas de cinc hállanse sostenidas por láminas metálicas que van á parar á la parte superior. Pequeños aisladores de ebonita I mantienen los cincs á distancias convenientes de los electrodos positivos, y el conjunto de electrodos positivos y negativos hállase á su vez retenido por un caucho K, de manera que permita retirarlos con facilidad.

Tales son las nuevas disposiciones que M. de Lalande ha adoptado para los tres nuevos modelos de pilas que acaba de construir. Por nuestra parte, tratamos de exponer desde el punto de vista eléctrico las cualidades que caracterizan á cada uno de dichos modelos.

El modelo pequeño contiene un aglomerado de ocho centímetros de lado y de 150 gramos de peso, siendo su resistencia inicial de o'18 ohms y de o'39 al finalizar la descarga. Este elemento tiene una fuerza electromotriz de o'8 volts, que bajo el régimen de 1'1 ampere, determina una diferencia potencial útil de o'55 volts, y una energía de o'605 wats, pudiendo facilitar 75 amperes hora y 45 wats hora. En el modelo medio el aglomerado tiene 11 centímetros de lado y un peso de 450 gramos. Las láminas de cinc son dos, que se hallan colocadas á cada lado del aglomerado. Bajo el régimen de 3 amperes la diferencia potencial es de o'6 volts, la fuerza de 1'8 vats, la cantidad de electridad de 300 amperes hora y la energía de 180 vats hora. La resistencia interior varía de o'05 á o'10 ohms. El gran modelo encierra dos aglomerados y tres láminas de cinc intercaladas. Cada aglomerado tiene 11 centímetros de lado y pesa 450 gramos. Este elemento determina 6 amperes, da o'6 volts, ó sea 3'6 wats, pudiendo producir 600 amperes hora y 360 vats hora. La resistencia interior es de o'051 ohms al fin de la descarga en vez de o'025 que indica al principio. Importa asimismo conocer las variaciones de intensidad en una misma descarga. M. de Lalande ha presentado á este propósito, en la sesión celebrada el 3 de junio último por la *Societé internationale des electriciens*, una serie de curvas en extremo interesantes. En el pequeño modelo, la intensidad que al principio era de 1'18 amperes convertíase en 1'1 á las dieciocho horas, de 1 á las cuarenta y ocho y de o'8 al final de la descarga, ó sea á las setenta horas. En el modelo intermedio la intensidad alcanzó 3'25 amperes al principio, 3 á las veintisiete horas y 2'75 á las setenta y dos. Cuanto al gran modelo, varió la intensidad de 6'4 amperes al principio por 6 amperes á las veintiuna horas de marcha y 5 amperes á las setenta y dos.



La nueva pila de óxido de cobre de M. de Lalande

Los guarismos que preceden demuestran la importancia de la nueva pila de M. de Lalande: ésta puede constituir un generador práctico y sencillo de energía eléctrica, con la doble ventaja de poderse disponer de manera que se convierta en un verdadero manantial de continua producción de energía eléctrica. Esta disposición sería muy sencilla de practicar, atendido que el cincato de potasa en razón de su densidad desciende á la parte inferior del vaso.

J. LAFFARGUE

(De *La Nature*)

***

PRESERVACIÓN DE LOS CABLES METÁLICOS

La oxidación es el gran enemigo de los cables metálicos; por esto nos parece útil dar á conocer algunos métodos de preservación empleados en Alemania que al parecer han dado buenos resultados. Uno de ellos consiste en hacer hervir una mezcla de grafito pulverizado y sebo, y cuando ha adquirido la consistencia de la manteca, aplicarla al cable por medio de un cepillo, y aún mejor, hacer pasar el cable por un vaso en forma de cuerno lleno de esta substancia. Este procedimiento, que es conveniente repetir cada mes, preserva á los cables del orín é impide su desgaste por su contacto con los cuerpos duros. Esta grasa además facilita el cambio de posición de unos hilos respecto de otros, porque penetra en los menores intersticios y aumenta de esta suerte la flexibilidad de los cables. Los cables de hierro no pueden apilarse como las cuerdas de cáñamo, sino que hay que arrollarlos en el suelo en círculos del mayor diámetro posible.

Otro procedimiento es el siguiente: mezclar aceite de lino con brea vegetal y aplicar la substancia así obtenida sobre el cable, con lo cual se consigue una capa protectora muy eficaz. Los cables sumergidos en el agua deben estar cubiertos de una capa formada por la mezcla de 35 litros de cal apagada con 50 ó 60 de brea vegetal ó mineral: esta mezcla debe hervirse y aplicarse en caliente. Los cables galvanizados no pueden emplearse para las transmisiones, pues á las pocas horas de servicio ha desaparecido enteramente la capa de cinc y los alambres se oxidan rápidamente.

En las transmisiones por cables hay que tener gran cuidado con las poleas, cuyas gargantas deben estar muy limpias, siendo preciso que las materias de que se las guarnece, como madera, cuero, caucho ó metal dulce, han de ser de la mejor calidad posible y han de estar colocadas con muchas precauciones para evitar el desgaste rápido de los cables y aumentar la adherencia de éstos.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Su único hijo. *Novela por D. Leopoldo Alas.* – Tratándose de un libro del ilustrado catedrático de la Universidad de Oviedo que tantos lauros lleva conseguidos en la prensa con el seudónimo de Clarín, casi huelgan los elogios, pues el nombre del autor y la fama por él tan justamente conquistada en sus campañas literarias abonan la bondad de la producción de su ingenio, harto mejor que pudieran hacerlo los sueltos periodísticos más encomiásticos.

En la imposibilidad de hacer de esta obra un juicio detenido y de señalar minuciosamente las bellezas que contiene, séanos permitido sintetizar la impresión que su lectura nos ha producido, diciendo que en nuestro sentir reune todas las condiciones que en la moderna novela se exigen: interés siempre creciente en la acción, estudio profundo y concienzudo de los personajes, verosimilitud en los caracteres, naturalidad en los actos y verdad en los sucesos. Tiene además *Su único hijo* una novedad en el asunto y en el modo de desarrollarlo que aumenta considerablemente su valía; el elemento externo aparece en la novela relegado al segundo término, concediéndose en ella lugar principalísimo al elemento interno ó psicológico; los personajes, apenas bosquejados en su físico, están detalladamente descritos en su manera de ser moral, y este procedimiento que en otros casos pudiera ser causa de cierta fatiga para el lector, generalmente poco amante de disquisiciones éticas, empleado por D. Leopoldo Alas resulta fuente abundante de hermosos atractivos y hace que los capítulos del libro se lean con avidez y deleite y que al llegar al final se desee la aparición pronta de *Una medianía* que como una continuación de *Su único hijo* anuncia como próxima á publicarse su autor al fin del tomo.

Esta novela, editada por D. Fernando Fe, de Madrid, véndese en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, al precio de 4 pesetas.

***

Cuadros vivos. Á pluma y al pelo, *por D. Eduardo de Palacio.* – No menos deseada que la de los artículos de Cavia, Taboada y Sobaquillo era la publicación de una colección de artículos del fecundo cuanto ingenioso escritor D. Eduardo de Palacio: D. Fernando Fe, dando satisfacción á esos deseos del público, acaba de editar algunos de aquéllos, en los cuales se admira la inimitable gracia del que durante su larga vida literaria ha visto sus chispeantes trabajos solicitados con afán por los principales periódicos de España y América.



MAJA, cuadro de Manuel Cusi. (Galería Parés.)

Nada hemos de decir de la índole de esos artículos, pues harto universalmente es conocida; el chiste culto en todas sus múltiples formas es su característica. Eduardo de Palacio ha creado un género que como él nadie ha sabido cultivar, género dificilísimo cuando se prodiga como lo ha prodigado el autor del libro que nos ocupa, quien lleva escritos millares de artículos, todos ellos igualmente entretenidos, jamás pesados y siempre nuevos.

Lean *Cuadros vivos* los que quieran pasar un buen rato; en él encontrarán además de los atractivos indicados el no menos estimable de las ilustraciones debibas al lápiz del célebre caricaturista Angel Pons.

Véndese el libro en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, al precio de 3'50 pesetas.

***

Elena, *por D. Emilio García de Tejada.* – Es este el primer libro que sale de la pluma del distinguido oficial del cuerpo administrativo del ejército Sr. García de Tejada, y á juzgar por él la novela española contemporánea cuenta desde hoy con una nueva firma que no tardará en abrirse paso si, como es de esperar, las sucesivas obras corresponden á la bondad de esta que nos ocupa. *Elena* pertenece al género de la novela novelesca, como actualmente se dice, apartándose, así de la tendenciosa como de la puramente naturalista. Sus puntas y ribetes tiene de romántica; pero esto ni es defecto en absoluto ni lo es en la obra del Sr. García de Tejada, que no pasa, dentro del idealismo, de los límites que los grandes maestros de esta escuela han trazado á la verosimilitud. Es además en extremo interesante y está bien escrita, cualidades todas que hacen de este libro una obra de agradabilísima lectura. De sus irreprochables tendencias morales puede juzgarse por las sabias máximas de Platón con que el autor encabeza el primer capítulo y el epílogo de la novela.

Véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

***

Zaragoza artística, monumental é histórica, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Los cuadernos 28 y 29 de esta interesantísima obra comprenden, además del texto correspondiente, cuatro hermosas fototipias que representan: un fragmento del trascoro de la Seo; la nave izquierda de la iglesia de San Pablo; una casulla de terciopelo negro recamada de pedrería (del templo de la Seo) y un puente sobre el Ebro.

Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en Zaragoza en casa de los autores, Contamina, 25, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

Imp. de Montaner y Simón